

VARGAS VILA
VERBO
DE
ADMONICIÓN
Y DE
COMBATE

OBRAS DE VARGAS VILA

Edición de la Libreria de la Vda de Ch. Bouret — Paris.

Publicadas.

Aura (Novela).
Lo Irreparable (Novela).
Emma (Novela).
Copos de Espuma (Cuentos).
Flor del Fango (Novela).
Ibis (Novela).
Las Rosas de la Tarde (Novela).
Alba Roja (Novela).
Los Parias (Novela).
El Alma de los Lirios (Novela).

Política.

Historia de una Revolución.
La Regeneración.
Siluetas Políticas.
Bajo Vitelio.
Los Providenciales.
Verbo de Admonición y de Combate.
Los Divinos y los Humanos.

Para Prensa.

Palabras de Arte.
La Simiente.
Orfebre.
Nínive.
El Libro de las Desolaciones.

En preparación.

Césares de la Decadencia.
Las Murallas Malditas.
El Alma de la Raza.
Mis Memorias.

J. M. VARGAS VILA

Verbo de Admonición y de Combate

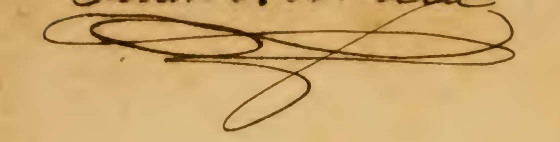
Un sembrador salió para sembrar...



LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS | MÉXICO
23, Rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo, 14

1905



Y, el verbo denunciador inútil fué en los labios proféticos...

Los pueblos cayeron en la esclavitud y los hombres en la demencia...

Y de Babilonia no quedaron sino los sauces melancólicos para llorar sobre ella...

J'emporte chez les morts mon rêve solitaire...

Miré hacia la cuna de la raza, y en la cuna de la raza no había sino el polvo de la muerte...

miré hacia la Historia de la raza, y la Historia de la raza no era sino un gran gesto heroico hacia la muerte;

miré hacia el porvenir de la raza, y el porvenir de la raza no era sino una marcha desesperada hacia la decadencia, hacia la desaparición y hacia la muerte;

por todas partes la Muerte, envolviendo la raza heroica, herida de espanto y caída en decrepitud;

porque había sido una raza de Fe, pero no una raza de Libertad;

la Fe es la virtud de los rebaños;

la Libertad es el alma de los pueblos;

y, la raza moría de su alma claustral, que no había sabido amar la Libertad;

y, un Cristo, verde y pútrido, miraba desde el peñasco crepuscular, la marcha de la raza espectral hacia la muerte;

era su aprisco de él, que envenenado por sus parábolas de Ilusión, no había sabido hallar el camino de la Verdad, de la Libertad y de la Vida; . . .

. . . . . y la raza iba hacia la Muerte;

y, yo me alcé en el camino de la raza, y dije mis palabras de Admonición y de Combate;

y, denuncié, tras de los cerros lejanos, el aluvión de la conquista, que venía con un rumor sordo de marea;

y, mostré en el horizonte pálido, abrumado de augurios, las crines incendiadas y los cascos de fuego, de la cuadriga devastadora que iba á asolar la tierra;

é, hice en el silencio de la noche, escuchar los corceles de infinitos Alejandros, que piafaban en las colinas cercanas, esperando el alba próxima, para descender á la llanura y arrollar y vencer y destruir la raza confiada, indolente y presuntuosa, que marchaba en la esclavitud, feliz de su ignominia;

. . . .
. . . .

y, el alba trágica, el alba de la conquista, llegó;

y, los conquistadores bajaron á la llanura, y cayeron sobre los mares como halcones en furia, y por todas partes vencieron, destrozaron y despojaron la raza inerte y caduca, que en vano tendía al horizonte sus brazos desarmados, llamando al Dios de sus

leyendas, muerto hace siglos, tras el azul pálido del cielo, en su trono de nubes en derrota;

y, la raza creyente y pueril vencida fué;

vencida por los piratas, en Santiago y en Manila;

esclavizada por los mercaderes, en Cuba y Puerto Rico;

abofeteada por los esclavos blondos de un Atila bufo, en la Guaira y en Puerto Cabello;

mutilada y despojada por los mercenarios en Colón y en Panamá;

así, vendida por sus amos, y mutilada por sus conquistadores, así castigada fué, la raza épica y obtusa, que no cuenta en la Historia más rebeldías que sus perpetuas rebeldías contra la libertad;

y, los pueblos serviles nada oyeron;

se dieron á la esclavitud con la voluptuosidad de una histeria deforme;

cerraron los ojos y se dieron nuevos amos, besaron el Cristo y la cadena, y se dejaron llevar al matadero;

y, cuando sus amos los vendieron, ellos besaron las manos de sus amos;

y, cuando los conquistadores los mutilaron, ellos, como inmensos lagartos á quienes les cortasen la cola, continuaron en marchar...

¿hacia dónde?

. . . .

. . . .

es bajo el horror cumplido de esas profecías, que ve la luz este libro;

voces de sinceridad y voces de inutilidad, claman en él;

perdidas fueron en la soledad de las almas, como un gemido de olas en la noche negra;

el grano cayó sobre la roca estéril, y los pájaros del abismo devoraron la simiente;

los bárbaros han vencido;

y, los pueblos de rodillas, los ven llegar, tendiendo hacia ellos los cuellos y las manos en señal de sumisión;

nuevos césares escalan los Capitolios, en el bizantinismo lúgubre de la noche tropical;

nuevas razas, se engendran en los aduares y las llanuras de aquellos pueblos vencidos;

el hálito de una resignación musulmana llena la hora;

se escucha la respiración plácida de los apriscos rendidos que duermen en el crepúsculo;

y, yo de pie, sobre la roca batida por el oleaje de veinte años de ostracismo voluntario y de invencible rebeldía, continúo en denunciar al mundo, la miseria de los esclavos, la insolencia de los amos, la tristeza sin misericordia en que agonizan y desaparecen, las tribus heteróclitas, que el despotismo doma y la conquista viola, en la América Latina;

para mi verbo anunciador y denunciador, yo no deseo la triste certidumbre maravillosa que lo ha hecho una REALIDAD *tangible;*

me martiriza el dolor de mi visión hecha Vïda;

ante la realización terrífica de mi verbo hecho

ACTO, *mi alma siente la estupefacción de una selva en duelo;*

acre, inquieto y vertiginoso, mi verbo lleno de cóleras y de éxtasis, después de haber anunciado la catástrofe, se detiene asombrado ante lo infinito de mis sueños, y solloza ante la Verdad, que empurpura como un incendio el horizonte...

vencido por la Verdad de mis palabras, aparto con horror las manos de aquellas rosas de Victoria, que crecieron en el duelo y se abrieron en el desastre;

su florecimiento prodigioso me tortura;

¿por qué existe la VISIÓN?

¿por qué brilla como un sol en los sueños de Vidente?

¿por qué existe la Verdad?

¿por qué la pone el Destino en los labios de ciertos hombres?

¿por qué? . . . .

. . . .

. . . .

puesto que existe la Verdad, digamos la Verdad;

morir aplastado por ella, es mil veces más glorioso que morir combatiendo contra ella;

sembremos en las almas la Verdad;

y, si ella florece en flores de anonadamiento y de desastre;

¡bendita sea la flor de la VERDAD!

VARGAS VILA.

Paris, 1905.

No deshonremos con la bajeza el duelo de la libertad;

si no podemos salvarla, permanezcamos dignos de servirla;

sepamos llevar con majestad el duelo del derecho asesinado;

no coronemos con las flores del Silencio la frente del delito vencedor;

en esta apostasía colectiva de los pueblos contra la libertad;

en el espanto doloroso de las sociedades vencidas;

en el derrumbamiento de tantas cosas sagradas que parecían eternas, pongámonos de pie, acariciando las imágenes que surgen de esas ruinas al lado de las cosas inmutables, y vueltos los ojos á las tormentas futuras, agitemos en las tinieblas la llama que no se extingue, y arrojemos el Verbo de

la Esperanza á la tierra que gime bajo los escombros...

una marea angustiosa, una marea de infamia, sube con silencios de muerte al horizonte;

grandes cimas han desaparecido ya, y las que quedan de pie, tiemblan bajo el crepúsculo;

las últimas cumbres melancólicas, se ven aún perfilarse en agonía, bajo la tristeza infinita de los cielos;

todo desaparece, todo se hunde, en la bruma siniestra del naufragio;

y, el sol del vencimiento, alumbra con palideces vesperales, esa decoración de catástrofe;

un huracán de devastación, pasa por sobre los campos del Ideal, talados por hoces invisibles, y lleva los hombres y los hechos en un turbión de ráfaga otoñal, hacia abismos muy hondos, muy remotos...

es la hora del espanto indescifrable;

y, es necesario hablar al horror de esa hora, en ese limbo de miseria, donde grita el desastre; .....

. . . .

el oprobio vence, y es necesario luchar contra el oprobio;

si los dioses y los hombres decretan el silencio y la quietud, es necesario removerse aún en el fondo del sepulcro, rebeldes á los hombres y á los dioses;

es bello el gesto del vencido, que abofetea á dos manos la Victoria;

la Victoria no es la Gloria;

el Crimen vencedor, es siempre : el Crimen;

el Triunfo, no transfigura, el Monstruo;

no se está definitivamente vencido, sino cuando se acepta cobardemente la derrota;

alcémonos contra el Crimen;

combatamos contra él;

y si los dioses están del lado del Crimen, combatamos también contra los dioses; . . . . . .

. . . .

tal es el deber de la hora actual;

resucitar en plena derrota un pasado de victorias ;

contar en la esterilidad vergonzosa de este instante de oprobio, la fecundidad prodigiosa de las virtudes antiguas;

revivir en la declinación rápida de la raza, el culto de las grandezas extintas y de las glorias olvidadas;

atizar la hoguera de la ilusión, en las negras horas de la desesperanza ;

fabricar con el prodigio del Verbo, el edificio del porvenir, sobre los campos de la devastación y de la ruina;

gritar la vitalidad indestructible de las ideas, en el momento de las derrotas definitivas;

cantar las epopeyas del derecho salvador, ante la lanza brutal del hecho violador ;

hacer del polvo de los vencimientos inmerecidos, la columna de fuego que conduzca las nuevas generaciones á los heroicos triunfos presentidos;

marcar rumbos al espíritu nuevo, sobre ese mismo terreno removido por las catástrofes recientes;

prender con las últimas tablas del naufragio, una hoguera en la playa desierta, bajo la noche impenetrable, para orientar á los que van aún perdidos, en el horror de la tormenta cercana;

no dejar lugar al desaliento, á la inercia, á la desesperanza...

gritar á todos los tiempos y en todas las horas, que la libertad es intangible y la América es indivisible;

que si somos ingobernables, somos también inconquistables;

que preferimos morir en el desorden, á perecer en la conquista;

resistir la Opresión y la Invasión;

denunciar los despotismos que nos deshonran y los protectorados que nos asechan;

romper los sables que nos asesinan dentro, y no temblar ante los cañones que nos amenazan fuera;

ser los sagitarios terribles, con el arco tendido siempre, denunciando el vuelo de las águilas siniestras;

despertar el alma de la raza amenazada;

proclamar la Unión, como único remedio á la Invasión;

unirnos para combatir, si escrito está que combatamos, y abrazarnos para morir, si decretado está que desaparezcamos;

pero, morir de pie, morir como un pueblo y no como un rebaño: morir matando; . . . . . .

nos agitamos entre la conquista pacífica y la conquista bélica, entre la absorción y la agresión; entre los que quieren fundirnos y los que quieren hundirnos;

todo tiende á nuestra desaparición;

negarlo, es añadir la maldad á la ceguedad;

silenciarlo, es añadir la impotencia á la inconciencia;

decir lo contrario es añadir la imbecilidad á la debilidad;

es el derecho de los ciegos, negar la luz, y es acaso su consuelo;

el derecho de conquista y el de las nacionalidades se disputan el mundo;

esa lucha es nuestro peligro, y puede ser ¡ay! nuestra muerte;

¡es tiempo de revivir la nacionalidad!

es hora de reaccionar contra la debilidad;

las tiranías han educado nuestros pueblos para el yugo;

la Tiranía precede á la Conquista;

el Despotismo es el heraldo de la Invasión;

los dictadores han abierto el campo á los invasores;

ellos, haciendo perder á los pueblos el sentido de la libertad, mataron en los corazones el sentimiento de la independencia;

pueblo esclavo, pueblo apto á la conquista;

los dictadores llaman á los conquistadores;

ellos atraen las águilas terribles;

reaccionar contra su dominación, es reaccionar contra la invasión;

defender la Libertad, para conservar la Nacionalidad;

combatir por la Libertad de los pueblos, para defender la independencia de América;

combatir por la Libertad, no es ser libre, pero es mostrarse digno de serlo;

tal es el destino de los pueblos heroicos;

pactar con el Despotismo es la agonía de un pueblo;

pactar con la Conquista es su muerte;

denunciarlos ambos es el deber del hombre libre;

el deber no se discute: se cumple.

VERBO DE ADMONICIÓN
Y DE COMBATE

el Verbo es Vida...

La amarga desesperanza, que los problemas insolutos de la política tormentosa y servil de nuestros pueblos, deja en las almas apasionadas y altivas;

la tristeza insondable, que la crueldad de la vida arroja sobre los espíritus luchadores, que han visto sus quimeras de libertad plegarse en el crepúsculo de sus sueños, como estandartes heroicos, desgarrados, que desaparecen sin rendirse, dejando solitaria el asta en que flamearon;

el espanto que el bramido bestial de la multitud estulta, causa en el sagrado pudor de las ideas;

el asombro probado ante el contacto de la vileza humana, que hace diluir en desprecio las cimas ríspidas de la más alta ambición;

el asco que inspira la lucha inevitable con la Envidia anafrodita, inconsolable y soberbia ante la fecundidad prodigiosa del Genio;

la desilusión colérica de quien ha creído en el apostolado de la palabra, en el sacerdocio del pensamiento, y ve de súbito la Histrionía tribunicia profanando la cátedra, y el ara y el santuario mancillados;

el desencanto de las almas que han visto la esterilidad de su vida, la inanidad de sus sacrificios, la torpeza de su adhesión al culto de ideales pisoteados por la multitud irresponsable y trágica — á un mismo tiempo augusta y vil — y que han sorprendido en la faz de ese monstruo, poliforme y rumoroso, la expresión de desdén estúpido que le inspiran los hombres superiores, porque ella no ama sino la mediocridad sumisa, que mira y no fascina, lame y no muerde, gime y no ruge, acaricia y no desgarra... ¡Tiene miedo á la zarpa del león!

el desaliento invasor, la suprema desconfianza, que caen sobre el ánimo á la interrogación del porvenir, de la Quimera formidable, que se esboza en el fondo del Misterio;

la resignación al vencimiento, la nostalgia del ideal, todo eso que sume al alma en una quietud augusta y cineraria, y la envuelve en un halo melancólico de tristeza infinita, como la de las naves y

los soles que se pierden en las lontananzas maravillosas de los horizontes marinos ;

todo eso arroja el alma asombrada y vencida, en el reino inmutable del Silencio !...

pero, el Silencio, no es la Vida ;

el Silencio, es el sello de la Muerte ;

la Muerte, no combate ;

sólo la palabra siembra la Vida ;

ella crea, ella vivifica y ella salva ;

el Verbo, es Vida ;

he ahí por qué callar es un oprobio ;

las esterilidades del Silencio, asfixian á aquel que vive en ellas ;

el Silencio, no reina sino sobre la Muerte y la Desolación... Es el sol de Pompeya y de Herculano ; la brisa que agita las olas bituminosas del Mar Muerto ;

es á causa del Silencio, que muere nuestro corazón, y que los pueblos mueren ;

es á la sombra del Silencio, que prospera el Mal ;

el Verbo, es germen y el alma humana es surco abierto ante nosotros ;

Sembremos en él el germen de la Verdad y de la Vida ;

el sembrador tiene el deber de la simiente :

sembrador que devora el grano y no lo siembra, mutila la humanidad y defrauda la herencia de los hombres :

la maravilla de la palabra es hecha como las auroras de los cielos, para esplender sobre la Vida;

la Tiranía se llama Silencio ;

la Libertad se llama Verbo ;

el Verbo es el rayo de Divinidad que brota de los labios del hombre para herir la Iniquidad ;

el Verbo es el águila triunfal, que lleva la tempestad bajo las alas y desflora y rompe con su vuelo todas las soledades del Silencio;

¡ dejémosla volar !...

las cimas y los valles espectantes, escuchan absortos la música lejana de ese vuelo ;...

¡ Paso á las águilas del Verbo !

---

es la hora del Sembrador...

Hay una palabra que condensa la Vida, y la llena toda : el Deber.

y hay para el hombre de pensamiento, á quien las multitudes están habituadas á escuchar, una forma ineludible de ese deber ; la de hablar alto y sin miedo en las horas trágicas de la Historia ;

la Musa divulgatriz de la Verdad, debe poseer su espíritu, atormentado por la adivinación del peligro, inspirado por los dioses del prodigio, por la visión anunciatriz de la catástrofe y debe fulgurar en sus labios proféticos y aletear en sus frases incendiadas ;

su palabra, dominadora y sugestiva, como una admonición y un sortilegio, debe pasar como una oriflama conquistadora por sobre las almas atentas y sorprendidas, mudas en esa hora de su revelación ;

su frase, incitativa como una caricia, magnífica como un crepúsculo, luminosa como un sol, debe

vibrar sobre las multitudes, con el sonido augusta y grave, de una lira dórica, pulsada por la mano de un Profeta;

como una rosa de oro y púrpura, la palabra reveladora debe brotar de sus labios prodigiosos;

como de un cornucopio mágico, toda la flora de la Elocuencia, todos los frutòs de la Belleza y de la Verdad, deben fluir de su boca reveladora, hecha augusta, por la majestad del Verbo anunciador;

y, su grito anútebo, debe sonar como una diana, en la calma somnolienta de los pueblos;

y, debe ofrecer la linfa inagotable de la Esperanza, al labio sitibundo de la Multitud, ardiente y pueril, exhausta de ideales;

y, debe, como la figura del Cristo mitológico, proyectar la fiera mansedumbre de su virtud esquiva, sobre las ondas en furia del incalmable mar humano, misterioso;...

la caricia brutal de su palabra denunciadora, debe pasar por sobre la multitud, como una ala de fuego, y debe aplicar el beso sangriento de sus labios vengadores, sobre la máscara deforme del grande Enigma de Inconstancia y de Dolor: la Muchedumbre;

y, su Verbo, embriagador y despótico, capcioso como un licor, vibrante como un Epinicio, debe sacudir la cabeza de esa Multitud, — fiera dormida — y despertar en ella toda la brutalidad de sus

pasiones atávicas, pasiones heroicas, salvadoras en la hora del peligro;

y, á su acento, los pueblos deben sentir la vibración sonora de una heroicidad ancestral vibrar en ellos, la levadura épica de generaciones guerreras hervir en su sangre, el grito sonoro del combate subirles á la garganta, como una marea de grandes olas bélicas, mientras la Visión de púrpura y de luz, la radiosa visión de la Victoria, les arde las pupilas como un deslumbramiento;

tal es el deber del hombre de pensamiento, en la hora que precede á la conquista;

y, los lustros son horas en la vida de los pueblos;

y, la hora de la conquista va á sonar para la América;

¡la hora fatal!...

. . . .

. . . .

... Porque el momento es doloroso y solemne;

porque la caricia pérfida viene del Norte, fría como el ala de un halcón de la Groenlandia, disimulada y brutal, como la garra de un oso polar;

porque los hijos de Jacob llaman á su hermano y le hacen señas á orillas de la cisterna, desde la puerta de la tienda del mercader egipcio;

porque José, cándido, va hacia ellos, y vendido será y hecho esclavo, y en esclavitud morirá, por-

que la ciencia de los sueños ha acabado y las serpientes del Mago no se retiran ya al conjuro adolescente;

porque el lobo del Septentrión ríe á los corderos del Sud;

porque las palomas acuden al grito del milano;

porque es la hora crepuscular vecina de la Noche;

porque la vida sería vil si el culto del deber no la llenara;

porque del deber lo sublime es el dolor;

porque el deber no sabe del Éxito;

porque ha llegado la hora del deber, la hora de la palabra admonitriz;

por eso sale del Silencio la palabra;

sale del Silencio y va hacia el Tumulto;

es la hora del crepúsculo sobre los cielos y de la conquista sobre la tierra;

la hora en que los pueblos dormidos van á ser encadenados;

es la hora del grito en las conciencias;

es la hora de arrojar sobre los corazones, la semilla de la Rebelión, del Heroísmo y de la Gloria;

es la hora del sembrador.

---

la hora fatal...

¡Todo parece inclinarse bajo el ala formidable!

la cerrazón del horizonte aumenta el pavor de la hora trágica;

¡bajo el cielo lívido, el pájaro sangriento!

el águila imperial señorea sola, omnipotente en el espacio desolado... Sus alas ocultan el sol de la Justicia;

y, el mundo tiembla, bajo las garras del ave carnicera;

no recuerda la mente de la Historia, otro momento de pavor igual;

el águila del Lacio cubrió con sus alas toda la extensión del mundo conocido, pero, perseguida fué por los halcones furiosos de Cartago, por los cernícalos de Tartaria, por los pájaros negros del desierto, que en nubes tumultuosas, eclipsaron un día el sol de la Victoria;

y, herida fué y desplomada cayó de lo más alto de los cielos, y la tierra bebió su sangre y se clava-

ron bajo sus alas todas las flechas de la derrota, todas, hasta la flecha del Partho fugitivo;

el águila anunciatriz de las legiones dominó el mundo, pero dejó un reguero de sus plumas del Ponto al Eufrates y de Sarmacia al Ebro;

y, ¡asustada tembló un día! Tembló ante el hijo de Amílcar Barca;

tembló ante la mirada del Cíclope;

aquel ojo formidable brillaba como un sol de sangre, al día siguiente de Cannes;

y, el águila del Sena, también cubrió con la sombra de sus alas el mundo sometido, y su vuelo de *simoun* dispersó ejércitos y aventó pueblos, como arenas del desierto;

y, con el sol, que la Gloria hizo para ella la mañana de Austerlitz, vió huir despavoridos, ante el fulgor de su pupila roja, las águilas de Federico y las de Habsbourg y la nube de aguiluchos emblemáticos de la heráldica sajona, con gritos de pavor, exangües, desplumados, como una bandada de gaviotas fugitivas;...

pero, vencida fué á su turno, y acosada y herida en Badajoz, y chamuscadas en Zaragoza las plumas ensangrentadas, y expulsada por el incendio de las torres y minaretes de Moscow, y azotada por la nieve en Beresina, y rotas las alas en Waterloo, y arrojada por la tempestad en un peñón abrupto, para morir allí, nostálgica y bravia, entre la incle-

mencia del cielo y la del mar, y la cólera implaeable, la salvaje fiereza de un pueblo sin piedad;

¡hoy, no hay contrario para el águila sajona!

los corceles alados de la conquista, llevan por todo el Orbe conocido su cuadriga incendiada;

y, en este apocalipsis del Derecho, parece que Arcángeles monstruosos, vuelta la faz á los cuatro puntos del horizonte, anunciaran en sus trompetas, la ruina total de los débiles y el triunfo definitivo de la fuerza;

las hordas adventicias del pillaje llenan el mundo, y los perros que lamieron la sangre de Jetzabel, aullan en la sombra, cerca al cadáver insepulto de pueblos despedazados;

la nave de la Equidad humana ha hecho naufragio;

arrojada fué sobre los arrecifes de la barbarie, como la galera de Cleopatra sobre las costas de la Táurida;

el siglo XIX, reclinó en el seno de las edades muertas su frente cargada de desastres, y murió en un estremecimiento de horror, en la derrota definitiva de todos sus ideales;

el sol del nuevo siglo se alza sobre un horizonte cárdeno, mientras el rumor de pueblos esclavos ó vencidos, llena el espacio, semejante al grito de los seis mil samnitas degollados en el Circo;

y, el templo de Marte, con sus puertas abiertas

sobre la colina sangrienta, destina sus altares á nuevos sacrificios;

¡es la hora de la sangre, la hora roja!

¡la hora del Terror y la Conquista!...

---

y el leopardo y las águilas devoran..

El Oriente es la tierra del prodigio;

en el seno de sus selvas, como en el de la hembra de la Biblia, se libra el duelo formidable;

y el fuerte vence al justo;

el Archipiélago malayo es como el vientre de Livia, el lugar de la tragedia;

allí, toda una nacionalidad, toda una raza está próxima á desaparecer bajo el aluvión de la conquista;

las hordas de los bárbaros del Norte, asuelan, asesinan, roban los hogares de un pueblo entero, que sucumbe bajo el número, bajo las turbas ebrias de los voluntarios blancos y de los negros semisalvajes de la *República Modelo*;....

el silencio del horror cerca el Archipiélago incendiado, donde en nombre de la Civilización, un pueblo ebrio de avaricia, como si hubiese visto abrirse ante él, el tonel que hizo locos los centauros, eclipsa la crueldad de los tártaros y el horror

de las conquistas asirias, y sembrando la desolación y la muerte, va como los godos del Ponto Euxino, resuelto á tener la soledad por único testigo de su victoria ;....

Y, ¿Cuba?

¡agoniza entre las garras del águila también !

allí no hay un pueblo sino una sombra;

desde que la independencia falta á un pueblo, se hace en el mapa un vacío;

aquel hueco sombrío, allí donde se hunde la Grande Antilla, atrae nuestros ojos con la fascinación pavorosa del abismo;

Cuba es como el vaso roto, que arroja el Profeta, en el camino de los pueblos de la América;

es el hierro clavado en la entraña ;

sus llagas son nuestras llagas, sus dolores son nuestros dolores, y su hundimiento marcará el principio de nuestra desaparición ;

Cuba, *no puede acabar de renacer ó de morir, sin que nosotros todos, nos sintamos vivir de su vida ó morir de su muerte;*

no puede ser extraña á pueblos débiles, la desaparición total de un pueblo hermano, los funerales de una nacionalidad, desaparecida en medio á los festines de la fuerza;

¡Oh, Polonia del trópico ! ¡Oh Marti !

¡Inanidad de un sueño generoso !....

. . . .

. . . .

el África es la tierra del Misterio;

es la Esfinge, en cuyo labio calcáreo duerme el pavor de la palabra trágica;

la virgen negra, la virgen tenebrosa, tiende sus labios de fuego al conquistador sajón, y sobre su seno de Isis, insaciable y mortal, caen los hijos de Albión, cuyas cabelleras blondas, fingen rayos de sol en una urna de basalto;

y el suelo austral se hace rojo de sangre humana;

y el grito que ensordeció á Caín, entre el ramaje de la fronda edénica, no suena ya sobre la selva africana;

ya el fratricidio no conmueve á Dios;

ya la sangre de Abel no clama á la Justicia;

el Mal es omnipotente y el Crimen es sagrado;...

. . . .

y, el leopardo devora repúblicas en flor;

y, pueblos libres expiran bajo la garra potente;

y ante ese espectáculo de horror la Europa calla ó aplaude, cómplice ó cobarde;

y el Gobierno *republicano*, de Washington, celebra el hundimiento de la República en Pretoria.

y, Alemania golpea con el martillo de Thor, en las puertas de Windsor;

y, el mundo es un festín de razas;

Chamberlain, anuncia al mundo la liga anglo-sajona;

Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, sueñan la grande hegemonía de su raza, que se cree destinada al dominio del mundo, en virtud del *Derecho Divino de la Fuerza;*

Salisbury, ha dado la palabra de orden de la liga formidable : *los fuertes serán siempre los fuertes, y los débiles están llamados á desaparecer;*

y, en virtud de este aforismo monstruoso, que como los cascos del caballo de Atila, pasa extinguiendo el germen del derecho, en las llanuras sombrías, asoladas por la guerra, va la raza visionaria, la tremenda usurpadora, como una pantera hambrienta, ora en las selvas malayas, cazando hombres amarillos, ora en el África Austral, asaltando y destruyendo los hogares de un pueblo puro y heroico, religioso y bravío ;

es verdad que los filipinos hacen morder el polvo á los aventureros de la América y que la derrota ha llenado de tristeza y de oprobio, las legiones orgullosas de Su Majestad Británica, ¡ay! pero, todo eso no es sino un miraje del Destino, perspectivas del Deseo, en el brumoso país de la Quimera ;

la victoria es voluble y es esquiva, la fuerza es permanente y es tenaz ;

y el triunfo definitivo será de ella ;...

y, ante este huracán de conquistas, que por todas partes avienta pueblos y razas, y barre los débiles, como ramas secas de una selva, ¿qué hacen éstos?

¿qué hace la América Latina, que después del Celeste Imperio, será la presa codiciada por la Ambición para el desmembramiento y la conquista?

la América, sueña y calla;

cuando se habla de conquista, sus *hombres de Estado* ríen...

eso los libra del trabajo de pensar;

cada vez que un grito de angustia, una alerta cualquiera, llega á sus oídos, ellos ríen....

y, una prensa mediocre y venal les hace coro;

y, es una carcajada homérica;

y, los Sumos Pontífices de la Histrionía, ríen de la Conquista;

y, sienten que las uñas de la zarpa se clavan en el corazón del Continente, y ríen, ríen, y ríen;....

ese idiotismo amable y bufo, es la única coraza puesta sobre el corazón de América;

y, ven que los alemanes poseen casi todo el Brasil, que los ingleses velan la hora de llegar al Orinoco, que los yankees han tomado á Puerto Rico, y nuestros *hombres de Estado*, ríen, ríen...

¡oh, hilaridad sagrada y bestial!

la prensa seria se ocupa por intervalos de este problema, pero una prensa tumultuosa y pueril, ahoga la voz del patriotismo, con sus gritos de serrallo y con sus muecas de clown;

se tiene miedo, un miedo cerval, de mirar al porvenir;

el *Carpe diem*, de Horacio, parece ser la divisa de los gobiernos y de los pueblos;

los grandes pensamientos y los grandes hombres han desaparecido;

nadie protesta, nadie se mueve, nadie avanza contra la Conquista;

los pueblos, inermes y desamparados mueren solos;

y el pensamiento avanza....

en Cuba, hay un partido anexionista potente, una turba descastada, en busca de nuevo Amo;

Cuba es tierra y conquista de los yankees;

vixit, podría escribir la Historia, como epitafio á la independencia de aquel pueblo;

un patriotismo, escaso y glorioso, vela aún;

la juventud y el pueblo, sueñan con la defensa de la patria, y como el león de mármol de Lucerna, cubren con el pecho y con las manos, el escudo paterno amenazado;

pero, aventados serán, y devorados, y hechos polvo;

la conquista implacable no perdona; . . . .

. . . .

en tanto, las voces de unión y de Concordia, las llamadas á la raza y á la vida, se pierden en la obscura lejanía del horizonte, en la inmutable apatía de unos pueblos y la vocinglería fratricida de los otros;

y mientras ellos duermen en una indiferencia culpable, ó se desangran en una lid homicida, la invasión avanza : la invasión rubia y astuta, el tudesco y el normando ;

y, en su bandera estrellada y en las alas de sus águilas, lleva escrito el lema formidable, la sentencia de muerte de una raza :

Finis latinorum...

Verba fluminea.

La Verdad ha dejado de florecer sobre los labios inspirados;

el gran lirio albo, se marchita y muere, bajo este viento de pavor que hoy sopla sobre América;

el Miedo, centinela vil, guarda en la boca la palabra esclava;

la rosa púrpura, la frase ígnea, que brota de los labios en cólera, no tiene ya valor para nacer;

el anatema fúlgido estalla y muere sin eco, como el rayo sin fulgores en la tormenta polar;

solo un himno, el himno á la Victoria Omnipotente, llena el espacio;

y, se oye un rumor, como salido de las ergástulas y el Circo al paso del triunfador antiguo, como el canto de los vencidos esclavos, en torno á la tienda, donde el jefe de los mercenarios duerme, harto de vino y de botín;

la embriaguez de la Victoria posee al mundo;

la América tiembla, ante el éxito coronado y sangriento;

la Victoria brutal, el Despojo vil, la Insolencia del bárbaro, marchan erguidas y soberbias, llevando como séquito, al mundo, silencioso y asombrado;

así, como el galo en pos del César, así, como el númida uncido al carro del publicano de Arpino, así, esclavo del Miedo, así va el mundo;

estupefacta por la Audacia está la tierra, en un momento de asombro;

despertada ha sido, despertada por las águilas, y tiembla de pavor;

conquistada ha sido por la Fuerza, dominada ha sido por el Crimen, y dobla la rodilla ante los bárbaros. . . . .

. . . .

ved la zambra en el campo de batalla;

ved los conquistadores victoriosos;

contemplad la Odisea de ese pillaje;

al grito de libertad, se lanzaron sobre Cuba, sobre las Filipinas, sobre Puerto Rico y las hicieron suyas;

se anunciaron como los hijos de Washington y fueron los filibusteros de Walker;

cayeron sobre esos pueblos como el pie de un paquidermo, y aplastaron su corazón;

así, agoniza entre sus brazos la República Cu-

bana, así murió ahogada en sangre la República Filipina, así estranguladas por la mano amiga de los republicanos del Norte ;

en Cuba, la protección, conquista disfrazada ; en Manila, la batalla, conquista descarada ; en Puerto Rico la posesión, conquista tolerada... siempre y doquiera, la Conquista ;

y á este despojo vil lo llaman : la Victoria ;

y escritores, pensadores, diaristas de nuestra América latina, noblemente engañados por el miraje lejano, han aplaudido este engaño pérfido, esta burla á la generosidad humana, este zarpazo de un tigre disfrazado de Tartufo ;

y deslumbrados por la Victoria se han convertido al culto de la Fuerza ;

y, así, ¡ se han empeñado en hacer creer á esos pueblos en la generosidad de aquel coloso, en ponerles como modelo la *Gran República*, en pintársela como amiga y como hermana !

¡ Oh doloroso y funesto error ;

él dará sus frutos, frutos de maldición y de CONQUISTA ;

¿por qué no hacer ver á esos países lo que son en realidad esta raza y este pueblo ?, raza voraz, enemiga y desdeñosa, pueblo inmenso, bastardo y cruel, insolente y despectivo hacia nosotros, con una idea monstruosa de su superioridad y una invencible idea de conquistarnos ;

¿por qué no pintarles como es este país heteróclito, orgulloso y dominante, que nos codicia y nos desprecia, turbión de razas aún informe y amenazante, que va sobre nosotros?

¿por qué no mostrarles tal como es, esta oligarquía poderosa, más que la oligarquía de los Eupatridas, *aristocracia* moderna salida del fondo de las minas de California y de las hulleras de Pensilvania, armada de cuarzos gigantescos, despreciando la grandeza de las viejas armaduras y de los muertos caballeros, vergonzosa de su sangre plebeya, orgullosa de su civilización monstruosa, de la belleza tenebrosa, inquietante y viril, de sus vírgenes auríferas, mito deseado, vaso de oro, en que van á apagar su sed los hijos de viejas noblezas europeas, decrépitas y arruinadas?

pero, no;

se les pinta como generosidad lo que fué ambición, como desinterés lo que fué emboscada, como heroísmo lo que fué pillaje y robo;

y en una horda opulenta, que regresa de la conquista, se les hace ver un ejército de héroes que vuelve de la victoria; *fama mendax;*

y esos pueblos lo creerán, porque el espíritu humano es ávido de fábulas, y así se hace de la Historia, una conspiración contra la Verdad, como dijo José de Maistre, y así abre la Admiración el camino á la Invasión;

frente á ese error terrible y generoso, hay un deber inflexible é imperioso : el de decir la verdad, toda la verdad, á los pueblos de la América ;

y ante el desenlace inesperado de aquella guerra (1), que cambió la suerte de los pueblos conquistados y *amenaza llevar el imperio de su fuerza y el tumulto de sus hordas, hasta los mares del sur, al corazón de esos pueblos lusitanos, que viven cantando himnos al vencedor, sin temor de su salvaje violación ;*

ante el avance fabuloso de la *bandera estrellada*, que ondea hoy, no ya á pocas millas de distancia, sino en las costas mismas del continente latino ;

ante la llamada *teoría imperialista*, que no es otra cosa que la doctrina del pillaje, del robo y la conquis ta;

ante el Walkerismo oficial, ó sea el filibusterismo yankee, proclamado y aplicado al Asia y á la América en presencia del mundo sometido ;

ante esas olas de fuego y sangre, arrojadas sobre los filipinos, para ahogar su derecho á tener patria, su sagrada aspiración á ser libres ;

ante la conquista simulada de Cuba, ante esta anexión solapada y cobarde ;

ante la actitud de los papeles periódicos yankees, tan despectivos, tan ignorantes, tan agresivos para nosotros ;

(1) Guerra Hispano-Americana.

ante el pensamiento conquistador, que avanza como una ola y crece y se hincha en el corazón de aquel gigante;

ante el giro tortuoso que han tomado los acontecimientos;

ante la lúgubre visión del mañana, amenazante;

Ante la ocupación próxima de Panamá, que puede ya considerarse como tierra por yankees conquistada (1);

ante tanta nube en el horizonte;

ante el tropel de aventureros que marchan, callar es un delito;

es la hora trágica para los débiles; y debe anunciárseles;

el triunfo, cayendo sobre la fuerza, como un torrente que engruesa otro torrente, lo ha hecho irresistible;

la Victoria ha hecho augusto el Crimen;

el apetito del monstruo se ha despertado;

el león no conoce otra enfermedad que el disgusto de los alimentos, dice Plinio;

este león no está saciado, y su fiebre es de conquistas;

es la hora nostálgica del bruto; ¡guay, de los débiles!

Ante las hordas del Norte que se aprestan á

(1) ¡Escrito en 1898!... en New-York.

AVANZAR SOBRE NOSOTROS, demos el grito de : ¡ Alerta !

los últimos de una raza destinada acaso á la desaparición y á la conquista, denunciemos el peligro ;

y pongamos nuestra voz entre el pueblo y la conquista, como pondríamos nuestro cuerpo entre los invasores y la patria, si ese cuerpo pudiera detener un instante, siquiera un solo instante la Victoria...

Fatal exodus...

Uno como soplo de tempestad pasó sobre la América;

el huracán de la guerra asordó el espacio, encrespó los mares, sepultó las escuadras, como las caravanas el vendaval de los desiertos, quebró un poder cuatro veces secular, desgarró la bandera de Lepanto, borró fronteras de reinos, hizo retroceder asombrados los tercios de Pavía, y á su conjuro formidable, se alzaron legiones de combatientes en una selva de esclavos;...

temblaron á su paso las islas y los hombres;

en el incendio de la selva, el viejo león hispano huyó despavorido, y el águila salvaje persiguiólo, batió sobre él las alas formidables, desgarróle el flanco ensangrentado, desgreñó su melena encanecida y tinto en sangre lo dejó partir;

y se fué... se borró su silueta enflaquecida en esas lontananzas incendiadas, en el crepúsculo gris de la derrota .. mudo en el dolor del vencimiento...

y su rugido que tantos siglos repercutió en la Historia, no estremeció las selvas ni los valles;...

sólo se fué el viejo león de los combates;

y, los cachorros que deja en América, se ocultan en sus selvas, asombrados, confusos ante el vuelo de las águilas;

y la bandera hispana desapareció del horizonte americano;

y, allí, donde extendía su rojo y gualda, señal de la Victoria, abren sus alas sangrientas, flámulas del combate, las águilas de Zaratoga y de Yorktown, señal de la conquista;

¡ lábaro de la Fuerza vencedora!...

. . . .

. . . .

la Europa, vuelta de su asombro, de su pavor inmenso, herida en su orgullo con el despojo de su hermana débil, silenciosa y hosca, vuelve sus ojos al Oriente, donde el oso del Cáucaso, vela el letargo del hombre amarillo opiatizado;

y el águila del Norte, avergonzada de su lucha sin gloria, sedienta de conquistas, se resigna apenas á plegar las alas ansiosas de espacio y á cerrar las garras nostálgicas de presas;...

el reparto de Oriente no la seduce;

no despiertan su apetito los miembros enflaquecidos de esos pueblos, que duermen como faquires, en las faldas del Godjar y en las riberas del Petchili;

cuando hayan sido despedazados por otros, extenderá su vuelo desde el archipiélago malayo, donde colgó su nido, irá al festín de carne y se posará allí, silenciosa y hosca, sobre su presa escogida, con las alas extendidas y los ojos desmesuradamente abiertos sobre el inmenso y silencioso oriente;

por hoy, no piensa en eso;

su pupila roja se vuelve hacia el sur, que es su pertinaz visión;

es el país de su ensueño;

Cuba es tierra suya, Puerto Rico es su conquista;

y eriza las plumas de sus alas y VA HACIA PANAMÁ, que le oculta la vista de Hawai;

leed los periódicos del día;

todos ellos hablan del *destino manifiesto* de este pueblo hacia el Sur;

todos marcan EL ISTMO, como el límite momentáneo á su ambición;

y van sobre él;

nada detendrá á ese pueblo en su camino de invasión, nada, sino la Fuerza:

un destino fatal é inapelable lo impulsa allá, y parece que oyera vibrar en el espacio las palabras de la Escritura: *date priesa al despojo y apresúrate á la presa.*

los instintos brutales de su raza los llaman á la conquista;

son los hombres del Norte, los descendientes de los normandos, de los piratas del Báltico, que en las barcas de cuero cruzaron la ola negra bajo el cielo brumoso para dar principio al pillaje de los pueblos;

son los hijos de los teutones, que enterraron en el silencio de sus selvas las legiones de Varo, que hicieron la desesperación de Octavio, y asaltaron el Capitolio con sus cabezas blondas, como un trigal movible, y sus ojos azules, llenos del estupor salvaje de sus montañas sagradas;

son los descendientes de los peores mendigos de Albión y de Germania, venidos en obscura emigración á América, hechos poderosos, y que hoy sienten vibrar en sí todos los atavismos de su raza aventurera;

lo que pasó en Cuba, no fué sino el prólogo de un drama: la conquista de América.

no fué una reflexión filantrópica, fué un odio etnológico, lo que levantó aquellas olas de fuego y sangre en que naufragó la independencia de dos pueblos.

no fué una guerra de dos países, fué un duelo de dos razas;

un pensador sajón lo dijo ya;

y el fracaso de la raza latina se acentuá;

todo es vencimiento, todo es ruina, en torno de esta raza, que parece herida por la cólera de los

dioses, denunciada por el verbo de los profetas, tocada por la lepra de Lázaro;

¡derrota y decadencia! . . . .
. . . .
. . . .
. . . . algo más que el periplo de Hannón, que las medallas de que habla el historiador, que los versos de Plinio y el recuerdo de Aníbal, queda de Cartago;

queda su espíritu, encarnado en la raza sajona;

queda el odio latente de las dos viejas razas;

Cartago vive contra Roma;

Cartago vence;

el triunfo es suyo;

hoy el mundo es cartaginés, sí, porque es inglés;

hoy el alma latina está vencida;

nada puede el fantasma de Escipión;

todos los muertos de Zama están en pie;

los fenicios rotos por Ciro, y los cartagineses, muertos por las legiones, se han rehecho y son los vencedores;

las ruinas de Tiro se animan con nueva vida, sin recordar el paso de Alejandro, y de la hoguera de Cartago, sale un cisne inmaculado, cisne con alas de oro;

Tyro, Babilonia, Capadocia, resucitan bajo otros nombres, Mercurio, el dios de alados pies, impera solo;

la India, el Soudán, Matabelán, Egipto, Dongola, Gibraltar, Malta, Manila, Haway, Cuba, Puerto Rico, tales son las grandes avanzadas de los modernos fenicios;

y el verso de Homero, que hizo llorar al romano, parece vibrar, no ya para un pueblo, sino para una raza;

Troya también verá su último día.

y el crepúsculo de ese día aciago avanza ya;

los vencedores de Salamina son mendigos bajo el cetro de un Glencksbourg ó esclavos bajo la cimitarra del Tártaro;

los campeones de Himera, no encuentran tierra donde posar el pie, y el último Hohenzollern, se unió al turco para asesinarlos en Armenia;

y los sajones crecen, marchan, se dilatan, y uncen á su destino la Victoria;

tienen sus reyes en Escocia é Irlanda, su *alma mater*, en Windsord, los nietos de su reina en Berlín y Petersburg, sus abuelos en Copenhaghen, reinan bajo el cielo de Ática, tienen sus legiones en Egipto, en la India, en África, y los bastardos de sus pecheros y lacayos tienen la garra puesta sobre América;

con tanta razón como Carlos V, pueden decir que

en el Imperio de su raza no se pone el Sol, pues los primeros ojos que lo ven surgir en el Oriente, y los últimos que lo ven ocultarse en el Ocaso, ojos sajones son ;

el águila que se escapaba de las hogueras en las orgías tirianas, cubre hoy con sus alas toda la extensión del globo ;

nada detiene su vuelo majestuoso ;

su aleteo formidable pone pavor en la conciencia humana, y una sola pluma caída de sus alas, basta para aplastar á un pueblo ;

raza soberbia y triste, soñadora y sensual, avara y cruel, va bajo las banderas de Mercurio conquistando el mundo, rapaz como los lobeznos de Sarmacia, astuta como las panteras de Sumatra ;

libre ya de la neurosis semítica que la agitó en la antigüedad, más cultos sus atavismos de dominio, ya no crucifica los leones á la vera de los caminos, pero crucifica los pueblos en las grandes veredas de la Historia ;

ahí están, puestos en cruz, los tres últimos vencidos ;

las águilas remolinean en torno á esos islotes de allende el océano, donde los pueblos conquistados principian su agonía ;

y parten en obscura emigración ;

¿á dónde van las águilas del Norte?

allá van en columna triangular á los bosques del trópico;

¡allá van!...

despertad los cóndores de Ayacucho;

¡despertad los cóndores de Maipu!...

Ex ungue leonem

Y, nuestros pueblos duermen indolentes, en medio de su pompa florestal;

soberbios, descuidados, nada escuchan; ciegos por sus pasiones nada ven;

el rumor de sus escándalos atruena sus oídos, y el fulgor de sus hogueras les deslumbra las pupilas;

ocupados en forjarse ídolos en la Iliada interminable de las contiendas civiles, no alzan su cabeza poderosa, inclinada hacia la fragua formidable;

ensordecidos por sus querellas, por el rumor de sus disputas bizantinas, *no sienten los pasos del conquistador que avanza...*

y despertarán ante el invasor, con la cándida sorpresa de los habitantes de Tarento, al ver la blanca aparición de las velas latinas, como la proyección de un vuelo de palomas, aparecer tras el Junius Lacinianum, el Promontorio Sagrado;

y el Conquistador avanza...

avanza en medio del Silencio, como Escipión, á cuyo paso enmudecían los perros cuando iba al Capitolio;

avanza entre la inmovilidad ó el miedo de unos gobiernos de la América del Sur, y la complicidad bochornosa, la venalidad aleve de los dictatoriales de Colombia, (1) que viendo que por sí solos no tienen precio, señalan al invasor el camino y le sirven de puente, aunque perezcan luego como la hija de Tarpeyo, bajo el escudo del Conquistador, y el oro que les arroje encima, en pago de su infamia.

cuando los bárbaros, como las olas de un mar en cólera, se abalanzaban sobre el Lacio, extraviados en las selvas, las bestias feroces les servían de guías, dice el historiador;

y estas hordas del Norte, que van sobre nosotros, encuentran también bestias salvajes que las guíen;

los ambiciosos van á la cabeza de la invasión y reciben como Priscus su imperio de manos de los bárbaros;

la conquista los corona antes de devorarlos;

y el conquistador avanza, entre el silencio y el elogio de los diarios latinos, indiferentes ó abstraídos en el problema diario de su sociología parroquial;

y avanza, entre la inercia, la incredulidad, la

(1) Escrito en 1898. — ¡Seis años antes de la venta de Panamá!

burla, de esos pueblos de nuestra raza, que armados del heroísmo de la muerte, no temen nada, ni su desaparición del globo;

es tiempo de despertarlos;

es tiempo de decirles que en este siglo el heroísmo es nada y la fuerza es todo;

que el yelmo de don Quijote y su lanza enmohecida, no son ya armas de combate;

que los pecheros del Norte han dado cuenta de los hidalgos de la Mancha;

que avanzan sobre sus nietos;

que el *proximus ardet Ucalegon*, ese grito que despertó á Eneas en el incendio de Troya, ha de vibrar sobre América;

que el conquistador, veloz como Atalante, no se detiene;

que las manzanas de Hipómene no estorban su marcha, porque él las lleva en las manos;

que en esas democracias nuestras, no hay para el criterio de ese pueblo, sino turbas insurrectas, semibárbaras, agrupaciones de negros, aptas á la conquista;

que así lo dice todos los días, á todas horas, en todos los tonos, la prensa del país, indocta, es verdad, pero sincera;

que todo el poder y el apetito de los conquistadores antiguos, reside en los músculos y el vientre de ese gigante sajón;

que ya extendió un brazo hacia el Oriente y empuñó las Filipinas;

QUE EL OTRO LO EXTIENDE HACIA NOSOTROS, y hace ya sombra la proyección de su mano sobre los pueblos del Sud;

los bárbaros van al Capitolio;

¿á dónde están los gansos divinos que perturben el sueño de esos pueblos?

¿á dónde está el Manlio desconocido?

¿surgirá de las tinieblas?

¿se perderá la voz admonitriz como la de Casandra, bajo la maldición de los dioses?

¿la indiferencia y el miedo devorarán al que grita, como las serpientes al sacerdote que extendía su mano impidiendo la brecha en la muralla?

eso no importa;

la hija de Priamo fué arrastrada por la turba soldadesca, Laocoón fué devorado por las víboras marinas, pero, la ciudad sorda pereció en una noche, bajo el arado del fuego, y en pos de sus profetas, va el fantasma de Ilión, ensangrentado; (1)

ante el peligro anunciado habrá quien dude y ría;....

en la onda de cretinismo que sube al horizonte todo es posible;

(1) Así como los que anunciamos la invasión yankee y la desmembración de la Patria. Panamá vendida y conquistada atestigua la lucidez del patriotismo vidente.

væ ridentibus . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

y el águila del Norte eriza sus plumas *y mira al Sud;...*

ya va á extender su vuelo;...

Aníbal, niño, en las playas de Andrumeta, aprisionando una águila, la ahogaba contra su corazón, aunque le ensangrentara el pecho con las garras;

¡acaso la presentía como escapada de una legión en el desastre de Zama!

nosotros no podemos aprisionar el águila del Norte, y la presentimos ya señoreando sobre el horizonte patrio;

cumplimos con señalar su rumbo, designándola al tiro del Arquero;

¡sagitarios de pampas y montañas, allá van las águilas del Norte!...

el último rey de los hérulos, habiendo prohibido que le anunciasen una derrota, no la impidió, ni la aplazó siquiera, y cuando el centinela apuñaleado gritó á las puertas de su propia tienda, ¡desgraciado rey! ¡desgraciados hérulos! las lanzas de los lombardos le traían algo más terrible que la derrota: la muerte.

en este trance supremo, cuando merced á la confusión y al desconcierto y á la espesa sombra que

el estupor produce en la conciencia, el enemigo avanza silencioso como los soldados de Brunswick, el escritor como el caballero de Assas, debe dar el grito de alerta : ¡ á mí Auvergne ! ¡ he ahí el enemigo !...

aunque caiga después, cubierto de dardos y bañado en sangre ;

Caer sin haber temblado es la Victoria.

Hoc erat in votis...

Procelaria de esta tormenta, ¿cuál la palabra de consuelo?

augur de la catástrofe, ¿cuál el conjuro á tanto mal?

profeta de la invasión, ¿cuál el remedio de escapar á ella?

¿qué diques levantaremos ante la ola de los bárbaros?

¿qué muro alzaremos entre ellos y nosotros?

así exclamarán las almas asombradas;

así nos dirán sonriendo, bajo su *espléndida máscula bilis*, los apóstoles del *yankisismo*;

la fuerza se repele con la fuerza;

y *la Unión hace la Fuerza;*

Bolívar, dió la palabra salvadora, en los espantos de la muerte, envuelto en las brumas augurales de su inmortalidad;

Unión, Unión, Unión;

así dijo el Genio, moribundo;

unión de Méjico y de los pueblos de Centro América en una Gran Confederación, más grande que esta que vinieron á romper la ambición nefasta y sanguinaria de Estrada Cabrera y las intrigas aviesas del ex-Presidente Iglesias;

unión, liga ofensiva y defensiva de los fragmentos de la Antigua Colombia, algo que levante en los mares del Sur la sombra augusta de aquella visión imponente y grandiosa;

unión del Perú y Bolivia, las dos hijas gloriosas de Ayacucho;

unión de Chile y de los pueblos del Plata;

unión por todo el Continente;

un Congreso de esos pueblos y de esa raza, convocado por la Argentina y reunido en Buenos Aires, precisamente frente á ese Congreso Pan-Americano, que la diplomacia pérfida pudo reunir, al llamamiento de la Nación Invasora;

la declaración formal de ese Congreso de mantener la INTEGRIDAD DEL TERRITORIO LATINO AMERICANO, Y LA SOBERANÍA INDISCUTIDA É INDISCUTIBLE DE COLOMBIA SOBRE LAS COSTAS Y LAS AGUAS DEL CANAL INTEROCEÁNICO CONSTRUÍDO AL TRAVÉS DE TERRITORIO SUYO; (1)

(1) Si eso hubiera sucedido así ¿Panamá habría podido ser cercenado sin una gota de sangre y vendido por un aventurero francés al sórdido impudor del gobierno americano?

una Convención, un Tratado formal en que esas repúblicas todas, se comprometan á defender mutua y colectivamente, su Integridad y su Independencia, contra toda tentativa de anexión y de Conquista, intentada por yankees y europeos;

liga de fraternidad, liga de defensa mutua : *unguibus et rostro;*

un *Tribunal Arbitral*, permanente en esa misma ciudad;

la Gran Metrópoli del Sur, haciéndose el nido del alma latina, frente á la Gran Metrópoli del Norte, hecha el nido sombrío del alma sajona;

las guerras internacionales conjuradas por el Tribunal Arbitral de Buenos Aires, sin necesidad de ir á mendigar justicia á la ignorancia ó la mala fe de Gobiernos extranjeros;

las guerras civiles suprimidas por la equidad de los gobiernos y el buen sentido de los pueblos:

PAZ Y UNIÓN;

liga ofensiva y defensiva de todos esos pueblos, retoños del latinismo vencido, contra las invasiones crecientes de ese retoño soberbio del sajonismo vencedor;

liga de esos países contra la Invasión y la Extorsión, contra Europa y contra Norte-América;

admitir la invasión del Progreso y rechazar el progreso de la Invasión;

estrechar más y más nuestras relaciones diplo-

máticas y comerciales con los países latinos de Europa, especialmente con Italia y con España;

promover por todos los medios la populosa emigración española é italiana, hasta mezclar, mejorar y cambiar las bajas capas de nuestro pueblo indígena y formar ciudadanos laboriosos y conscientes, aptos para el ejercicio de sus derechos y prontos al cumplimiento de sus deberes;

hacer ciudadanos y soldados;

formar ejércitos permanentes, disciplinarlos y preparalos : *Si vis Pacem, para Bellum;*

las repúblicas del África austral nos han dado el ejemplo;

á la unión y á la previsión debieron su fuerza y sus victorias;

ellas se unieron, ellas se armaron en silencio y se hicíeron formidables previendo al invasor;

y la invasión llegó;

por la unión pudieron resistir y por la unión pudieron combatir;

por ella acabaron con Jamesson, por ella han tenido tanto tiempo en jaque las fuerzas fabulosas del Reino Unido;

¿qué no seríamos, qué no haríamos nosotros, mucho más fuertes, más numerosos, más aguerridos á la lucha?

la unión será nuestra vida;

paz y unión, he ahí el muro;

unión, he ahí el lema;

¿ideología? sea, pero generosa;

¿ensueño? sea, pero luminoso;

nadie puede obligarnos á pensar vil, ni á soñar ruin...

. . . .

. . . .

. . . .

¿que es imposible?

¿que esos pueblos anarquizados, divididos, rotos como las legiones de Perseo, sienten penetrar en ellos la muerte?

¿que están abiertos á la derrota, á la invasión y á la conquista?

que el caudillaje los ahoga, los debilita y los entrega;

que allí no hay lugar para las grandes ideas, espacio para los grandes pensamientos;

que allí no hay calor sino para la polémica local, ruidosa y estéril en su ruindad inconsolable;

que entre las recriminaciones del pasado y las querellas del presente nadie piensa en los peligros del lejano porvenir;

que en aquellos climas abrumadores, todo se arrastra y nada vuela;

que los cóndores emblemáticos han muerto;

que nuestros símbolos de victoria han sucumbido;

que no hay alma latina en América;...

¡mentira! ¡mentira! sofisma vil;...

no lo digamos, no lo pensemos siquiera, bajo las miradas del águila que otea;

aunque así fuera deberíamos ocultarlo y recordar á la América su alma salvaje, para que escapara por el suicidio del horror de la cadena;

la mujer de Asdrúbal, apuñaleando sus hijos y arrojándose con ellos á las llamas, de lo alto del Acrópolis, fué como el alma de su patria, escapando por la muerte del horror de la Victoria, y de la suerte de Corinto;

¿que allí no hay unión, ni fuerza, ni pueblos que organicen una sabia resistencia?

¿que no es posible salvarse?

¿que un fatalismo musulmán prepara aquellos pueblos á la esclavitud y á la conquista?

está bien;

entonces, que esa América duerma en sus orgías de sangre y lama como un lebrel los pies de sus Señores;

los bárbaros velan... y ellos la despertarán...

pueblos que se duermen en la abyección, despiertan en la conquista;

la América del Sud despertará pisoteada por los hombres del Norte, y no se oirá siquiera su grito al perecer bajo el tacón del invasor;

y después de haber deshonrado la libertad con

sus escándalos, deshonrará la esclavitud con sus bajezas;

y los que le anunciaron la hora trágica, morirán lejos... ¿de dolor? no, de vergüenza...

el dolor es para el infortunio inmerecido;

la vergüenza para la infamia consentida;

¡ellos que se creían concebidos en la matriz de una leona, resultarán ser los hijos de una liebre;

y, ocultarán lejos el dolor de su derrota, ya que no podrán ocultar la vergüenza de su origen;

¡pero, no!...

la América no perecerá así; ella se alzará y velará;

ella defenderá como leona la frontera del desierto;

Bolívar, Sanmartín, Hidalgo, Morazán, no fueron hombres, fueron pueblos;

y esos pueblos viven;

son cóndores que duermen en las cimas;

ellos despertarán, centelleando en el peñón la pupila somnolienta, enarcando el cuello rojo, como llama del volcán, y extendiendo el ala negra, pabellón de la Victoria;

esperan la llegada de las águilas;

¿que traen sangre en las garras?

ellos conocen esa sangre, porque desgarraron primero el vientre de ese león;

¿avanzan las águilas?

habrá choque en el aire y en las peñas, gritos de guerra, nubes de plumas desgarradas, sonidos de alas rotas, desbandada de águilas que huyen...

¡salve América!...

tú serás libre, mientras quede un cóndor sobre tus cimas;

¡despertemos los cóndores bravíos!

¡las águilas avanzan!

¡al ver los centinelas del desierto detendrán el vuelo!

ellas no temen al deshonor, sino á la Fuerza;

seamos la Fuerza;

Alejandro, arrastrando la Pitia por los cabellos, hizo hablar á los dioses: *nada te resistirá, hijo mío,* dijo la Pitonisa profanada;

seamos fuertes y arrancaremos la palabra de la victoria, de la boca del oráculo;

y haremos hablar al dios Éxito para nosotros;

La Fuerza esclaviza la Victoria;

seamos fuertes;

así, no seremos nunca esclavos;

seamos fuertes... (1)

(1) Los acontecimientos desmintieron todo este bello sueño. La América fué mutilada por el yankee. Y desde la Argentina á México, la cobardía selló los labios de un Continente. Cobardes y mendaces esos pueblos latinos continuaron en vivir sin protestar. Panamá es la espina clavada en su garganta. ¡Morirán de ella...!

Per inania regna...

Todo se hunde en la sombra, en un vago crepúsculo de crimen ;

rojo como un mar de púrpura el horizonte y vagas esperanzas de idealidad cayendo en él, como rosas blancas en el fondo de una ánfora de sangre ;

un sollozo gigantesco, amenazante saliendo del pecho de los pueblos, del alma inconsolable de las multitudes, una sinfonía de dolor hecha de esperanzas perdidas y de sueños imposibles ;

nunca siglo alguno había muerto en un fracaso más completo de todos sus ideales ;

la mentira de la civilización se ha roto, y de su seno de Esfinge, como de la cabeza del Dios del Serapeum, han salido las quimeras como un tropel de insectos asustados ;

y sobre sus labios lacerados, no se posa ya, aquel rayo de sol, que hacía cantar la verdad entre los labios del Ídolo ;

el eclipse de la Esperanza es completo en el alma de los hombres;

y la sombra brutal, impenetrable, se hace noche en el horizonte de los pueblos;

la Fe, que es la esperanza en Dios, ha muerto y la multitud estulta va como un toro ciego al ateísmo;

la Esperanza, que es la fe en los hombres, también ha muerto, y las turbas desilusionadas, van como un rebaño asustado al pesimismo;

la Caridad, que es la Fe en el Bien, también murió, y el hombre entregado á sus instintos de bestia, va en carrera precipitada al barbarismo;

el mundo ya no cree, ya no espera, ya no ama;

todas las formas del Entusiasmo, de la Esperanza y del Amor, se mueren;

y, es, que todo nos ha mentido, todo nos ha engañado, á nosotros, los hijos ilusos de ese siglo de miseria y de dolor;

todo ha sido estéril, todo es triste, en esta hora fatal de negación;

y el mundo tiembla aterido, desconsolado, sombrío, en un campo de cenizas;

todas las grandes ideas han hecho quiebra fraudulenta, arrastrando en su fracaso las ilusiones todas de la conciencia universal;

la Libertad, ha sido una quimera;

la Civilización, una mentira; el Derecho, un sarcasmo;

y la humanidad miserable, despojada, hambrienta de Ideal, pide cuenta á los explotadores de su Fe;

y delira sitibunda, como el camello rendido, que en una tarde de marcha, se lleva al torrente seco y se le dice: *bebe, camello, ese fué un torrente, si tú quieres un mar, muy cerca está la Mar Muerta y el pasto de sus orillas y la sal de sus guijarros: bebe la muerte...*

y se da la Muerte, como único premio á la Esperanza...

¿qué queda de las que fueron luces de alba y estrellas de la aurora, en ese siglo muerto de mentira?

el Derecho, la Justicia, la Ley, ¿qué queda de ellos?

¿habrá quien ose decir que aún viven?

el Derecho, se llama Fuerza;

la Justicia, se llama Fuerza;

la Ley, se llama Fuerza;

ningún Ideal queda en pie, todos han sido volcados;

ninguna Idea queda pura, todas han sido violadas;

sólo la Fuerza queda, erguida, vencedora, omnipotente, sobre la tumba de ese siglo mentiroso y

venal, nacido en el cráter de un volcán y muerto como Job, en un estercolero;

la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, esas tres Musas que velaron la cuna del siglo muerto, ¿qué se hicieron?

¡desvanecidas fueron como fantasmas! ¡rotas como estatuas de diosas de una religión proscripta!...

¡la Libertad!...

en su nombre se vieron los bárbaros del Norte, alzarse como un huracán devastador, caer sobre la hispánica Nación, desprevenida, herirla, despojarla sin combate, sin gloria, sin esfuerzo, expulsar del Continente los restos de sus legiones que

... un día
sorprendieron al sol que se dormía
tras los remotos mares del Occidente...

y el gran cerdo de Pensilvania, gloria del escudo de esos bárbaros, alzó su mole grasa, allí donde los leones de Castilla, perfilaban su silueta de gloria en un horizonte de leyenda;

¡la Igualdad!...

preguntad por la caricia de esa diosa, á las turbas dolientes que se arrastran en la senda tortuosa de la vida;

á los obreros esclavos, que nacen, viven, luchan y se mueren en las entrañas de la mina obscura;

á los judíos, insultados, perseguidos, dispersados por el mundo;

á los rebaños de niños que la tisis consume en las fábricas de vidrios, y cuyos labios adolescentes sólo los desflora el beso de la Muerte, en el seno de la tumba;

á los negros, linchados diariamente, en espectáculo público en los Estados del Sud, de la *República Modelo*, y cazados como fieras, á plena luz meridiana, en las calles de New York;

á las multitudes analfabetas, que pululan en vida vegetal, bajo las altas capas sociales;

á los campesinos que mueren de hambre y de fiebre, cerca á la azada inútil, sobre la tierra estéril;

¡ la Fraternidad!

preguntad á las mujeres y los niños boers, fusilados por Lord Roberts, sobre las cenizas de sus casas incendiadas;

á las poblaciones filipinas, asesinadas durante el sueño ó cazadas y fusiladas en masa, en las calles y en las plazas, por orden del General Arthur;

á los Ministros y á la familia de la reina de los Hobas, hechos fusilar en Tamanariva por el General Galiani;

á los cuarenta mil derviches, asesinados en un solo día, por Lord Kitchener, en Odurmán;

á las poblaciones de Tien-Sing, de Cing-Fou, de

Pekín, que han visto pasar sobre ellas el espectro rojo de la Civilización europea ;...

las mujeres violadas ; los niños desventrados ó estrellados contra los muros, por los soldados ebrios del Emperador de Alemania ; los hombres asesinados en los brazos de las esposas ; los hijos en el seno de las madres ; los templos en ruinas, las tumbas profanadas, os hablarán de ese vocablo ;

¡ la Civilización !...

¿no visteis su última epopeya ? (1)

¿ no visteis las hordas de los soldados europeos, al grito del Atila teutón, cuya espada virgen tiembla en el brazo roto, lanzarse sobre las costas del mar amarillo, para castigar un pueblo culpable del solo crimen de amar sus dioses, su patria y su derecho ?

al grito de esos nuevos bárbaros, salidos del fondo de la Europa, para imponer á pueblos lejanos nuevos dioses, nuevas leyes, nuevos amos, ¿no escuchasteis mezclado el grave rumor de los diplomáticos discutiendo las cabezas que habían de cortarse, los tormentos que habían de infligirse á Príncipes y generales culpables del crimen de haber amado á su país y defenderlo de una invasión extranjera ?

(1) La invasión á China predicada y ordenada por Guillermo de Prusia, cuyas hordas desenfrenadas de hotentotes rubios, eclipsaron la barbarie de los hombres primitivos.

los enviados de Atila, de Alarico, de Genserico, á pesar del *Væ Victis* del galo, no discutieron tanto la tortura, no vendieron el martirio, no metodizaron el asesinato con una ferocidad semejante á la de ese grupo de ministros europeos, discutiendo la muerte al pie de las murallas de Pekín incendiadas por sus hordas tumultuarias;

la onda de la barbarie europea sumergió el viejo Oriente;

y sobre las olas rojas de esa inundación que hicieron un mar de sangre, las piedras mismas protestaron contra tanta iniquidad;

y la alta marea no desciende, la cólera de los fuertes no se aplaca;

¿ cuándo se retirarán esas olas de barbarie que hoy se rompen contra los pechos inermes de pueblos cuyos brazos desarmados se alzan para pedir Misericordia?

¿ qué nuevo solitario saldrá al encuentro de estos nuevos Vándalos, diciéndoles como Isac á Valente: *cesa tu iniquidad, tú haces la guerra á Dios?*

los altares de la Piedad no humean;

el crimen no detiene su carrera;

los tiempos son de Intolerancia y de Injusticia;

las jornadas sangrientas se suceden con la rapidez de un vértigo rojo;

los pueblos desaparecen en el torbellino de la

conquista como envueltos en un manto de rayos;

la fuerza pasa como el caballo de Atila, sembrando la desolación sobre la tierra;

los hombres se precipitan en la iniquidad y los pueblos en la demencia;

tal es la tristeza del momento actual;

per Inania Regna.

---

verso la vita.

Es la hora fatídica del Caos;

los pliegues de la bruma monstruosa se detienen estupefactos en las grandes cimas sombrías;

y en el misterio del horizonte se sienten remover sudarios invisibles y vuelos letárgicos de larvas gigantescas;

los soñadores tenebrosos y sinceros, con la pupila fija en el abismo profundo, meditan sobre Patmos invisibles;

la insania divina los posee;

olas de blancura estremecida vienen hasta ellos;

y en la bruma, su palabra florece, como una primavera de mirtos, y revienta en la noche, como una floración de estrellas;

y sus sueños van fingiendo en la sombra dolorosa, un tropel de cisnes negros, en un lago especular;

porque es la hora fatídica del Caos;

gérmenes de Muerte trabajan en el seno de la Vida;

y son luces trémulas de noctículos lívidos, las que bordan como tenues luces de oro el horizonte escarlata;

blancuras de mortajas y albas ropas bautismales, silencios de tumba y rumores de cuna se miran y se escuchan;

y el alba permanece inquieta, envuelta en densas vaguedades de crepúsculo;

la tumba abierta en que cayó un siglo triste de mentira, de agitación y de conquista;

y la cuna donde ha abierto sus ojos á la luz un siglo niño, nacido entre la guerra y el escándalo, el dolor y la iniquidad;

y la Muerte, como un pelícano de mito, extendiendo sus alas inmóviles sobre estos dos extremos de la Vida;

una época que no tiene ya fuerzas para la Vida, y otra que no tiene aún conciencia de ella;

algo que ha dejado de ser y algo que no es todavía;

tales son los signos del tiempo informe y azaroso en que vivimos;

hora de descomposición y de transformación;

vestigio de lo que fué, germen de lo que será;

montón de ruinas, bajo las cuales germina sepultada la nueva vida;

restos de incendio, en cuyas cenizas, se oculta el fuego en ignición eterna;

algo testigo de duelos inacabables y sombríos;

rastros de una nueva titanomaquía, de una lucha formidable, aún indecisa, entre los dioses y los hombres;

momento sociológico informe y confuso, que no tendrá nombre en la Historia, porque no es la Fe, ni la incredulidad:

ni la Paz, ni la Guerra;

ni la plena Barbarie, ni la plena Civilización;

ni la inviolabilidad de las naciones, ni la legitimidad de las conquistas;

ni la revolución ni la estabilidad;

ni la anarquía, ni el orden;

ni el yugo de la tiranía, ni el reinado de la libertad;

ni el régimen del privilegio, ni la plenitud de la igualdad;

ni el triunfo del individualismo, ni el del colectivismo;

ni el de la aristocracia, ni el de la democracia;

ni la hora de la Monarquía, ni la de la República;

no es ya el derecho divino y no es aún el derecho humano; no es la hora de los reyes, ni la hora de los pueblos;

es la incoherencia, la inconsecuencia, la impotencia;

la confusión de todos los principios, el contubernio de todos los errores;

la duda, la incertidumbre, el caos;

sobre la tumba aun entreabierta de ese siglo, crece la Esperanza como un lis;

y en la vaga penumbra astral, el siglo niño se yergue y con pie alado, como de ninfa que desflora la vaga quietud de un lago escandinavo, avanza, ¡ blanco Mago ! en los hondos silencios del Misterio;

y avanza, bajo el cielo que se incendia sobre su cabeza y la tierra que tiembla bajo sus pies;

¿ á dónde va?

va *hacia la Vida...*

y nosotros con él;

verso la vita, verso la vita...

---

di servo arbitrio...

El parlamentarismo expira deshonrado y vencido, profanado por los gobiernos, que no ha podido salvar, despreciado por los pueblos que no ha sabido defender;

instrumento de tortura y rebelión, ha servido más para oprimir que para libertar, y no se ha alzado indignado sino para caer más pronto de rodillas;

el carnerismo vergonzoso de las asambleas, ha hecho que el alma heroica del pueblo huya de ellas;

la última en que palpitó vibrante y tenaz el alma pública, se llamó : la *Convención francesa;*

en aquel grandioso y lúgubre cenáculo de abogados sombríos y de asesinos togados, Pretorio el más alto, que registran las cimas de la Historia, respiraba toda el alma de una época, con soplo de muerte y de exterminio, y se alzó, trágica y san-

grienta, roja y negra como un rayo espectral, la Venganza de los Siglos ;

el alma de la Libertad, se escapó como un cántico de los labios del último girondino asesinado ;

¡ bandada de cisnes trágicos, con los cuellos de ánforas tronchados por la mano inflexible de la Muerte, en el lago crepuscular de los ensueños !

de aquellas rosas líricas, deshojadas, se escapó como un perfume, el alma dolorosa de la República ;

con los jacobinos terminó la grandeza del Poema Rojo, imponente y devastador como el ciclón ;

y cuando las cabezas pálidas de Robespierre y de Saint-Just, juntaron sus labios fríos, entre la cesta sangrienta, con aquel beso de tigres muertos, con ese estremecimiento de leones agarrotados, murió el alma de la grande y soberbia Asamblea Popular, se apagó el trágico aliento de la Revuelta, que hizo temblar el mundo, se eclipsó el Mito formidable, y se extinguió ese ciclo rojo del Ideal bermejo, que tuvo por tribuna la Convención, por altar el Patíbulo, por dios la Libertad, por sacerdote el Verdugo, y por Código, esa Biblia de la Histería, que escribió en la soledad, el alma ingrata, desolada y triste, del filósofo de Ginebra ;

el *Consejo de los Quinientos*, no fué ya sino el nidar de gansos capitolinos, mudos de espanto sobre la tumba de Manlio .

y, el bárbaro, que venía, seguido de sus águilas, espantó con el extremo de su fusta esa bandada de aves de corral;

cuando Jupiter Scappín, el corso funambulesco, estranguló la República, hacía ya mucho tiempo que la voz imponente y grave del Pueblo había huído de su garganta;

su alma trágica y bravía, dormía con Dantón y con Vergniaud, en la noche de la Muerte;

el espíritu invencible y puro de las asambleas desapareció con aquellos hombres;

después no ha quedado, sino algo como la mueca de la Elocuencia en la Tribuna de los Rostros;

¡ bandadas de pericos ebrios de vocablos, revolcándose entre el fiemo de las águilas caudales;

los senados de Napoleón, serrallos galoneados;

la Cámara *introuvable*, rebaño de camellos, con accesos de furor;

aquella otra imprevisora y desleal, que forjó en la fragua de las *jornadas de julio* el cetro de Luis Felipe;

el aula en que dió Guizot sus cursos de pedante pedagogía y Berryer hizo oir las sinfonías de su elegante vaciedad;

la sala de espectáculos parlamentarios, en que dió sus conciertos líricos Lamartine y exhibió sus juegos de prestidigitación, Thiers, el espiritual *marionette* de la tribuna;

la cámara del 2 de Diciembre, aquel prostíbulo de infámia!

el desierto en que gritó Hugo;

el estercolero sobre el cual lanzó el poeta el rayo de su cólera;

las asambleas del segundo Imperio, esas turbas de libertos, que temblaban de rodillas ante el hijo de Hortensia, que deslumbraba con su abyecta verbigeración el Duque de Morny y sedujo con la armonía de su sonora vacuidad Emile Olivier;

después... el silencio donde suena, como el grito de una águila en la noche, una voz... la de Gambetta;

y... una calma de aprisco poblada de balidos;

así la Europa toda;

en Alemania, parlamentos sumisos y apacibles, como jumentos éticos, desgarrados los ijares por las espuelas de Bismarck, corriendo en manada, azotados por los tropos bélicos del canciller Caprivi, ó durmiendo con placidez de rumiantes, distraída su hambre de grano por las metáforas agrarias del conde de Bulow;

en Austria-Hungría, los diputados czekes, sirviendo de Cristos á la mayoría austriaca, como en el Parlamento británico los diputados irlandeses sirviendo de mofa á la lealtad mastodontesca de los hijos de John Bull;

y en todas partes un socialismo escolástico extra-

viando las almas de acción con la instabilidad de sus mirajes, la vaguedad temblorosa de sus actos, la ductilidad elegante de sus metáforas y la esterilidad dolorosa de su vida ;

uno como viento de *fronda*, sopla á veces sobre los parlamentos sometidos;

pero no es el alma de la rebelión, sino el alma del tumulto, la que grita en ellos, y llena los ámbitos del escándalo ;

y si la Elocuencia triunfa, es arrojada del recinto, donde toda virtud es crimen y la voz de la Justicia es Rebeldía.

y el exilio de la Verdad, completa el triunfo de la Iniquidad ;

y el éxodo de los grandes tribunos deja en pos de sí la soledad y el silencio, donde suena el estridor de sus últimas palabras, con el sangriento horror de las catástrofes futuras ;

esa mudez engendrará el tumulto ;

de esas bocas cerradas estallará el clamor como una tempestad ;

esas lenguas mutiladas serán banderas de Rebelión ;

y como la cabeza del Bautista, las faces abofeteadas de los tribunos, pálidas en las manos del Pueblo, harán retroceder espantado al Despotismo que ordenó cortarlas ;

los labios cerrados de esos tribunos, condenados

al silencio, harán temblar á Herodes Antipater, aún más que su verbo fracasante, lleno de verdades abrumadoras y frases de esplendor;

la elocuençia del martirio supera la elocuencia del lenguaje ;

la mano de la fuerza magnifica lo que tritura;

la derrota es sagrada, como la muerte ;

revolcado en el polvo, se transfigura el vencido ;

toda violencia engrandece á quien la sufre;

toda injusticia es halo de martirio y luz de gloria sobre la frente ultrajada ;

no es verdad que un crimen haya sido nunca útil, ni una injusticia haya sido necesaria;

esos parlamentos, ebrios de servilismo, suicidándose con su propia indignidad, entregando sus tribunos á la venganza implacable de sus amos, dando maniatados sus grandes apóstoles como presa á la Tiranía bestial, acusan más que la decadencia oprobiosa del sistema, la quiebra estallante de su mentalidad, y la ignominia absoluta de sus hombres ;

ellos, han hecho recordar los tiempos nefastos, en que Manuel pudo ser tomado del cuello por la mano brutal del polizonte, y arrancado de la tribuna, entre la estupefacción y el miedo de una Cámara imbécil ó cobarde ;

y, aquellos otros días tumultuosos, en que Luis Blanc, abandonado de todos, como un Cristo en el Pretorio, fué entregado al furor de sus enemigos,

por una cámara abyecta y amedrentada, á quien la gloria de aquel grande hombre exasperaba;

y, aquellos otros, en que Blanqui, el eterno sospechado, fué dado como gaje á la reacción en un verdadero vértigo de infamia;

dentro de la Justicia no hay partidos;

y, para una alma honrada, no hay más partido que el de la Justicia;

no hay Justicia política; sino Venganza política;

la Justicia tiene en sus manos una balanza, la política tiene una hacha: hiere, no pesa, mata, no juzga;

todo juez político es un verdugo;

no, no hay, no ha habido, no puede haber Justicia política;

no hay sino atentados políticos;

los atributos de la Justicia son la Imparcialidad y la Verdad;

y, la política es ciencia de pasión y de mentira;

la política es á la Justicia lo que la Magia á la Ciencia: una farsa, pero una farsa sangrienta;

la política y la Justicia son rivales;

cuando una sociedad, cree no tener otro medio de salvarse que la justicia política, esa sociedad está irremediablemente perdida, porque como Brunechilda bajo su escudo, ella se ampara bajo la fuerza;

y las sociedades perecen por la fuerza ;

ellas no se salvan sino por la Justicia :

todo abuso de la Victoria, aprovecha á la Derrota;

. . , ...

. . . .

en la Cámara austriaca, los jóvenes czeches, se insurreccionan y ensayan el obstruccionismo, esa forma letal de rebelión, que es como la cólera de la inercia ;

osan hablar en lengua czecha entre el tumulto de los alemanes que protestan ;

la lengua natal de los vencidos, es criminal á los oídos del vencedor ;

el esclavo no tiene derecho á hablar sino la lengua del amo, y eso para el cántico...

en Inglaterra en la Cámara de las Comunas, los diputados irlandeses que se negaron á tomar parte en una discusión, fueron expulsados *manu militari*, y arrastrados por la fuerza fuera del salón ;

y, se fueron abofeteados y vencidos, entonando el : *God save the Ireland...*

¡ protesta conmovedora en su simplicidad lírica! pero estéril, como los versículos de la Biblia y los himnos sagrados de los boers en las selvas del África incendiada ;

la fuerza, pájaro ebrio de sombra, no detiene su vuelo vencedor, no pliega sus alas, que se agitan

sobre el mundo, con la obsesión siniestra de un mal sueño;

y en el vértigo de sus triunfos, entre la dolorosa ruptura de los ritmos, y las sonoridades tristes de un mundo que ora y que se queja, ella prende en su horizonte, cada día, nuevas conquistas, que brillan sobre la tierra ensangrentada, que hace ondulaciones de roja mar reverberante, como astros muertos, en un cielo florecido, sobre un fondo de grana;

¡ oh, la salvaje fuerza vencedora !

Sunt lacrimæ rerum...

Las olas de la barbarie se retiran lentamente...(1) la marea del crimen baja, dejando la desolación y el espanto sobre la playa silenciosa, que cubrió con su ola roja;

las hordas adventicias del pillaje vuelven la espalda á la conquista imposible y huyen;

los bárbaros, tornan á sus hogares;

y la China sangrienta, despedazada, mira desde la altura de su cruz, los pretorianos occidentales, que se alejan, cargados con el botín de sus despojos;

la Europa, al retirarse de China, se retira deshonrada y vencida;

deshonrada por sus propios crímenes, vencida por la inercia hostil de sus contrarios;

en pos de esas hordas ebrias y rapaces, que vuelven á Occidente, las águilas augustales de la Gloria, no trazan las curvas gigantescas de su vuelo;

(1) Retirada de las hordas europeas invasores de China (1901).

nubes de cuervos voraces las preceden y las siguen;

¡pájaros heráldicos de aquellos legionarios del saqueo!

¡pájaros agoreros de la muerte, únicos dignos de hacer compañía á aquella legión merodeadora, que huye!

¡vencidos de las ruinas y el honor, vuelven los pretorianos del Estrago!

ni un rayo de gloria ilumina la marcha de esos bárbaros funambulescos;

sonámbulos de un sueño trágico, empujados por manos superiores, en la tormenta vertiginosa del momento, se retiran en la bruma, roto el arco de Atila, irresponsables y malditos, dejando en pos de sí, un hormigueamiento lívido de espectros, un lúgubre estancamiento de sombras;

ciegos ejecutores de un designio criminal, poseídos de un extraño furor de destrucción, cumpliendo la consigna estólida de un imperial demente, (1) abordando todas las riberas del oprobio, sembrando la desolación y la tristeza, pasaron como llevados por un viento de tempestad, esos sembradores de la muerte, sin valor, sin genio y sin grandeza;

todo les ha sido propicio;

(1) Guillermo de Prusia.

la bajeza de los hombres, la tristeza de la época, la complicidad de los acontecimientos;

todo .. menos la Gloria y el Honor;

el Atila tudesco, que ordenó aquella invasión salvaje, y predicando la ley del talión ante su pueblo cándido y cruel, envió sus hordas destructoras al asesinato y al pillaje, las ve regresar hoy, y cree su bandera muy altamente colocada, porque ondea sobre un montículo de cadáveres en putrefacción, sobre muros en llamas, sobre un estercolero en fermento;

y taciturno y demente como Genserico, este extraño destructor de pueblos, que no afronta la muerte, pero la decreta, ve indiferente el regreso de sus turbas vencidas, y sus ojos lúgubres sueñan, ebrios de obscuridad, en el seno tenebroso de la insania;

cuando Alarico, sitió por tercera vez á Roma, se conformó con exigir todo el dinero, todos los muebles de valor, todos los esclavos de origen bárbaro;

¡ rey ! exclamaron los enviados del Senado, ¿ qué quedará pues á los romanos !

la vida, respondió el bárbaro impasible;

¡ la vida ! ni eso quedó á los chinos desventurados, que no huyeron á la aproximación de la barbarie occidental;

el espectáculo que el mundo romano presentaba

después de las excursiones de los bárbaros, cuando los godos extendían la desolación sobre la tierra, saqueaban el Ponto Euxino, caían sobre el Asia Menor, y reducían á cenizas la tercera Grecia ;

cuando los alanos destruían en pocos días cuarenta y cinco ciudades, empujando ante ellos como un rebaño, senadores y matronas, amos y esclavos, mujeres y niños ;

cuando los hunos, sembraban la muerte en aquellos campos en que Salviano vió las ciudades llenas de cadáveres y pájaros y perros de presa ahitándose de carne infecta, como únicos habitadores de esa tierra ;

cuando los thuringios, cometían aquellas crueldades desconocidas, que Theodorico, hijo de Khlowigh, recordaba ochenta años después, para excitar los francos á la venganza ;

cuando Atila, el *martillo de Dios*, puso el sello de la muerte sobre la vida de la tierra, el horror, la barbarie, el crimen, no llegaron al extremo de fría y terrible ferocidad, que las hordas germanas, espantables y miserables, desplegaron en los silencios del extremo Oriente ;

así, con una desolación trágica, como aquella que después de la derrota de Valente, se extendió desde los muros de Constantinopla, hasta los Alpes julianos, cuando las dos Thraseas ofrecían desde lejos el espectáculo de una soledad verde blanqueada de

osamentas, así ha quedado la China, al retirarse de sus playas el siniestro aluvión de la barbarie;

las ciudades fueron devastadas, los hombres degollados, el suelo se cubrió de cadáveres y ruinas;

en la intemperie de todos los derechos, no quedó á los grandes patriotas chinos, libertad, sino para escoger el género de su muerte: el suicidio ó el cadalso;

y la Europa insaciable, pedía á cada ejecución, el sacrificio de nuevos mártires;

de un mar al otro, la mano sacrílega de los bárbaros paseó el incendio, ardió las ciudades y los campos, y barrió como una lengua roja, las costas del océano oriental;

á su paso se prostituyeron los hogares, se derrumbaron los templos, los sacerdotes y los pueblos perecieron por el hierro y por el fuego, los muertos mismos se vieron profanados, y las tumbas sagradas, sintieron las manos de la invasión penetrar en sus entrañas;

sobre los fragmentos de los templos, sobre las piedras de los altares, sobre los sepulcros violados, la devastación extendió su imperio;

los desgraciados que escapaban al desastre de las ciudades, eran perseguidos y degollados en los campos;

todo fué arrasado, todo destruído, y los bárbaros llevaron la peste á las ciudades sitiadas, para dar

al viento la misión de llevar la muerte más allá de los muros que ellos no osaban asaltar ;

horrenda nobis *nuntiata sunt : strages, facta incendia, rapinæ, interfectiones, excruciationes hominum... Omnia gemimus, sæpe flevimus, vix consolati sumus*, pudieron exclamar los chinos, como San Agustín, ante la desolación del África, asolada por los vándalos ;

y, ya vuelven, los bárbaros, vencidos ;

¿ vuelven de la conquista ?

no, porque nada han podido conquistar ;

¿ vuelven de la victoria?

no, porque no han sabido combatir ;

vuelven del asesinato, del estupro, del incendio y del pillaje...

¡hurrah á los bárbaros que vuelven !...

¡ hurrah á la civilización que pasa con el César teutón á la cabeza !...

¡ hurrah ! . . . .

. . . .

. . . . y el mundo estupefacto nada dice ;

se apaga apenas en el espacio el gemido de doscientos mil chinos asesinados ;

se asienta en el desierto el polvo levantado por tantas hordas en marcha ;

caen las últimas piedras de tantos templos en ruinas ;

se extinguen los últimos fulgores de las ciudades en llamas;

vuelven los huesos dispersos, por manos de la piedad, á los sepulcros abiertos;

y pasa, y se aleja, y muere el huracán de la barbarie;

y el mundo calla...

. . . .

¡sobre la tierra cae la sombra! ¡sobre la tierra cae la noche!...

Nuit d'ombre, nuit tragique, ô nuit désespérée;

en el horizonte bermejo, en los ponientes cárdenos de todas esas glorias sanguinarias, mueren los ideales en el trágico y desconsolado gesto del martirio;

y fingen en su muerte dolorosa, crepúsculos de dioses y de soles;

y el mundo entra en la noche como en su Imperio;

¡la sombra es su conquista!...

Ecce Deus...

Un viento de desolación y de espanto, pasa en este momento por sobre la Europa sorprendida...

los sabios callan, guardando el secreto en la boca amarga, seguros de que la aurora del verbo no ha llegado;

los héroes, nostálgicos de gloria, no mueven sus espadas, pues saben que los siglos heroicos han pasado;

las águilas de la Victoria, se han posado sobre cimas inaccesibles, y se niegan á seguir esas turbas obscuras, que en marejadas de barbarie, parten de Europa sobre el África, el Asia y la América, portadoras de la muerte y del pillaje;

y, la angustia sube formidable, con lamentos de treno enfurecido;

y, ese clamor viene de lejos, de muy lejos, de las selvas insondables del dolor;

esa voz de marejada que se escucha, es la voz de un océano que no ruge, sino en muy raras horas de la Historia;

el océano de las lágrimas del mundo;

ese aullido que llena las ciudades y los campos, no es el de las fieras del desierto, es el de un noble animal que muere de hambre sobre los campos incultos y en las ciudades hostiles;

es el grito del hombre miserable, que antes de morir en el combate de la vida, ensaya la lucha, rebelde á pronunciar ante los felices de la tierra, el: *morituri te salutant*, de los antiguos gladiadores;

esos nuevos esclavos que se rebelan á entrar en el Circo, para morir en él, bajo las grandes fieras potentadas, no vienen del desierto y de la estepa, sedientos de la sangre y del botín;

vienen del fondo de la mina obscura, larvas ciegas en busca de la luz;

vienen del campo triste, donde la helada mató en germen, el mísero alimento del mañana;

vienen del taller, donde la máquina hace inútil la mano del hombre;

son los sin pan, los sin trabajo;

no son las legiones de Atila las que llegan, son las legiones del Hambre, de aquel pálido hermano de la Muerte;

ya los pueblos no van á la conquista de la Gloria;

ese miraje astral no los seduce;

ya no van á la conquista de la Libertad;

la sangrienta Quimera no los toca;

no van á la conquista del Derecho;

dejan á Prometeo sobre su roca;

van á la conquista del pan;

ya no piden ser grandes, no piden ser libres, no piden sino: *ser;*

no aspiran á combatir, no aspiran á gobernar, no aspiran sino á *vivir;*

¡la vida, la vida!, he ahí el grito formidable de los grandes miserandos de la tierra;

¡la Vida!

he ahí el grito que resuena en Roma, en Turín, en Trieste, en Marsella, en Barcelona, en Amsterdam;...

y la invasión pavorosa avanza;...

¿en qué Campos Cataláunicos, contra qué escudo invencible se romperá esta invasión de la Miseria?

¿se romperá? ¿nos romperá? . . . .

. . . .

. . . . la onda sangrienta sube, sube;...

los sembradores de la Muerte, arrojan la semilla en el surco rojo, abierto con sus picas demoledoras, y esperan ver surgir la gran cosecha libertaria y renovatríz del mundo;

sus trágicas siluetas se proyectan en la hora crepuscular, desmesuradas, en las livideces del paisaje campesino, ó se diseñan formidables en el horizonte cárdeno, sobre los muros negros de las ciudades incendiadas;

son los lívidos sembradores del Espanto;

¡los amos del mañana!...

en esta hora dolorosa de la Historia, hora de revolución universal, hora de gestación caótica, en que todo el pasado se derrumba, con siniestro fragor de catástrofe y un porvenir incierto se anuncia en una alba rojiza amenazante;

en este instante psicológico de la vida universal, en que un hondo lamento anuncia la muerte dolorosa del mundo antiguo, mientras un quejido como de niño enfermo, anuncia la aparición de un mundo nuevo, los pensadores, los escritores, los conductores de conciencias y de pueblos, tienen el derecho y el deber de detenerse á contemplar esta hora crepuscular y decisiva, las luces rojas de este ocaso, el incendio de esta aurora;

hombres y dioses, todo se sepulta;

hombres y dioses, todo va á surgir;

cuando los dioses sonrientes y bellos de la Heliada, cayeron bajo el hacha de los bárbaros, salidos de los más remotos puntos del planeta, para insultar la Belleza y sepultar el Arte, ascetas repugnantes, venidos de los desiertos, con pieles y con almas de fieras, monjes ignorantes y groseros, predicadores enfurecidos ó tiernos, anunciaron al mundo la Libertad, la Redención, la Paz, entre los hombres;

de los confines del mundo bárbaro, los mendigos,

los libertos, los miserables, trajeron el Dios de una horda esclava, lo alzaron desgarrado y muerto, en lo alto de un monte, clavado á dos maderos en cruz, por sobre la tierra incendiada y penitente;...

era la bandera de todas las reivindicaciones;

la rebelión contra los dioses, contra los sacerdotes, contra los Césares;

la condenación implacable del pasado;

los dioses y los hombres, todos fueron hallados falsos, ante el tribunal de aquel plebeyo triste, de aquel insurrecto, que había amotinado con su palabra los esclavos, los mendigos, los anarquistas de esa época obscura de la Historia, que se oculta más allá de la falda opuesta del Gólgota;

y el visionario destructor triunfó;

y, al pie de la cruz, que fué su trono, la humanidad desarrapada, sembró la semilla de la libertad, y esperó ver surgir el árbol inmortal;

¡y aguardó siglos!

y el árbol no nació;

extrañas larvas salieron del pie mismo de la cruz, horribles monstruos coronados y mitrados, con mantos de púrpura y de armiño, grandes capas pluviales, coronas y tiaras y un brillo cegador de orientales pedrerías;

todo el pasado resurgió del pie del mismo árbol ya podrido de la cruz;

y hubo Césares y Pontífices, y esclavos y rebaños

como antes de que el extraño Cristo pastóforo, subiera á su patíbulo, entre los gritos de la plebe soez, que tanto amaba;

el ensayo de aquel anarquismo pastoril, fué un fracaso;

su triunfo fué efímero;

el despotismo reinó más fuerte, después de aquel abono de sangre;

hoy, el Galileo, agoniza de nuevo sobre su madero negro, en una desolación mayor que la que lo rodeó aquella tarde triste, en que entregó su cuerpo á los verdugos;

y su reinado agoniza con él;

en un noble gesto de fatiga, el ajusticiado, parece querer desprender sus manos del madero y arrancarse la corona de su reinado quimérico, para coronar con ella el nuevo dios;

¿quién será él? ¿de dónde vendrá?

¿en qué oscuro rincón del mundo lo engendrará el milagro de la plebe?

¿en medio de qué conmoción profunda lo parirán las entrañas de la tierra?

la época no es propicia para el nacimiento de los héroes ni de los dioses;

ya el gesto extinto de los viejos héroes no muestra á los pueblos el camino de la Gloria;

ya los mártires no mueren señalando el cielo;

la plebe que avanza á devorarlo todo, no tiene ideas;

no tiene sino apetitos;

es la gran bestia apocalíptica, somnolienta y triunfal;

lo que asoma en el horizonte no es una pálida cabeza de mártir, pidiendo la corona y la aureola;

es un inmenso vientre, pidiendo pan;

la lucha de las grandes ideas, pasó;

la lucha de los grandes apetitos ha llegado;

ha muerto el Ideal;

no queda en pie, sino el Instinto;

el nuevo dios se llama: *Vientre;*

¡salud al nuevo dios!

Cristo rojo...

El mundo es un campo abierto á todas las carreras del espanto;

en el horror de la bruma insondable, el estremecimiento del pavor pasa sobre el alma de los hombres, llenándola de una extraña, inexplicable inquietud;

los reyes tiemblan, en el soberbio aislamiento de su grandeza quimérica;

los pueblos espantados se refugian en un raro sueño de soberbia, enarbolando el pabellón rojo de un desastroso sueño sombrío;

en aquel peñón de todos los dolores, se organiza la rugidora invasión, que como una manada hambrienta de lobos de Circasia, ha de caer sobre el mundo y devorarlo;

la revolución de la Miseria organiza su legiones, y como en todo período histórico que precede á una submersión del mundo en la barbarie, una angustia formidable priva sobre la tierra;

los poderosos tiemblan de soberbia, los ricos tiemblan de espanto, los pueblos se estremecen de piedad y los miserables rugen de hambre y de cólera ;

la crisálida de un gran sueno se rompe en la estepa solitaria, en medio de uno de esos grandes, pavorosos silencios de la Historia ;

rayos de Helíos penetran en las almas soñadoras ;

y el problema avanza, más augusto, más angustioso que nunca, y aprieta la garganta del mundo, sofocándolo ;

el ejército del Hambre, hace su tremenda aparición ;

el anarquismo, desarrapado y sucio, es su Redentor, su Apóstol, su Profeta ;

es él, quien avanza, trágico como la Muerte, y dice al mundo sorprendido : ¡ heme aquí !

es el Mesías de las turbas miserables, el sombrío conductor de los hambrientos, que se presenta á los ahitos, pidiéndoles cuenta de su hartazgo ;

conquistador implacable, cuya bandera es un harapo, llama y reune bajo ella, todos los miserandos de la tierra ;

y avalanchas de turbas famélicas, van en pos de ese lívido guerrero, que parece evadido de la tumba de un nuevo Gengis-Kahn ;

y el fúnebre Apóstol de la Destrucción, fija su

mirada asesina sobre el mundo, y avanza contra él;

y da sus grandes batallas;

¿no lo sentís estremecerse formidable, en el corazón de la Europa amedrentada?

¿qué son esos motines sangrientos y terribles, á cuyos gritos de rebelión responden los cañones, las fusiladas y la muerte?

¿qué son esas huelgas amenazantes de Marsella, de Barcelona, de Génova, de Turín, de Madrid, del Havre?

son os estremecimientos de la gran bestia dolorosa y terrible: la multitud;

es ella, que se despierta, llena de sueños brumosos y de apetitos insaciables;

sus ojos lúgubres, sueñan con visiones de sangre y de exterminio, y su gran vientre, inapaciguado, sueña con el hartazgo indefinido;

su grito de guerra paradoxal y extraño, estremece al mundo, como un gemido en la noche; como un rugido en la selva;

manifestaciones de una alma soberana brillan en esta triste visionaria del horror, que no tiene la apacible mansedumbre de aquel otro desarrapado de la Historia, aquel humilde Cristo de Betania, que la precedió en los senderos de la predicación y del patíbulo;

en la ambigüedad sangrienta de sus sueños, en

la incertidumbre turbadora de sus aspiraciones, surgen, como una primavera de horror, todos los fermentos y los venenos del odio secular;

ni un rayo de azul atraviesa las pupilas y los sueños de ese monstruo;

es ciego á la piedad y á la esperanza;

en vano habla del amor á todos los dolores, á todas las miserias, á todas las angustias, á todas las tristezas de la plebe, y pone en el canto litúrgico de sus aspiraciones las notas modulatorias de la Caridad y del Amor;

su rugido es refractario á las conmiseraciones y al perdón;

es implacable é inexorable;

el mundo había olvidado la piedad;

y este extraño destructor, viene á recordársela, en nombre de la Muerte;

los dioses y los cultos, los sistemas y las ideas no mueren: se transforman;

y, este anarquismo, vengador y tenebroso, no es sino el discípulo y el continuador de aquel Cristianismo primitivo; como él desarrapado y triste, como él perseguido, y que, como él, caminó al triunfo por el Dolor y por la Muerte;

el anarquismo es el *Cristo Rojo* de la Historia:

el *Cristo Blanco*, el Cristo de la Piedad y del Amor, ha muerto;

el Cristo de la Venganza y la Justicia, el *Cristo*

Rojo, ha nacido, y adoctrina, como el otro, entre los harapientos de la tierra;

Tiberio, ignoró el obscuro vagabundo que con sus parábolas de amor, sembraba sueños de redención en las almas de Judea;

y los herederos de ese dulce visionario, llegaron un día á Roma, y hendieron con los brazos de la Cruz, el cráneo del Imperio, moribundo;

los poderosos de hoy, fingen ignorar ó desfiguran la aparición de este otro novador, nacido como aquél de las entrañas de la plebe y sembrador como él, de sueños de rebelión en la mente de los hombres;

y, ese terrible visionario, henderá con su hacha ensangrentada, la cabeza del mundo envejecido;

el Cristo del Amor, ha muerto;

el Cristo del Odio, ha aparecido;

el Apóstol de la Piedad, se borra y muere en las perspectivas cándidas de vaguedades infinitas, como una rosa mustia, en la luz de un crepúsculo doliente;

el Apóstol de la Venganza, aparece entre el incendio y el horror, como una flor de sangre, brotada de las entrañas del Averno;

Algo muy albo, muy triste, se ve perderse en las lejanías del horizonte;

es el *Cristo Blanco*, que se aleja, recogiendo sus

albas vestiduras, cual las alas de un pájaro que muere;

y, algo sonoro y purpúreo, se ve surgir en la densa cerrazón del horizonte, como un relámpago cárdeno, que rompe una nube negra;

es el *Cristo Rojo*, que hace su aparición siniestra;

como una floración de rosas blancas, bajo el helado beso del invierno, las parábolas del triste Redentor, se mueren en las almas de los hombres;

como una floración de cactus rojos, bajo el sol cegador de los desiertos, las paradoxas del nuevo Redentor, estallan en la mente de los pueblos;

amor, fué la palabra del Cristo que se va;

odio, es la palabra del Cristo que aparece;

amaos los unos á los otros, exclamó agonizante el Galileo. cuando cerró sus labios, como el cáliz de una flor que dió polen de Verdad;

mataos los unos á los otros, es la palabra del nuevo Salvador, cuya boca se abre como el cráter de un volcán, para dar la palabra de la Muerte;

el Cristo mítico y blanco, se elevó sobre el Tabor, en una nube de ensueños;

el Cristo trágico y rojo, aparece sobre el mundo en una nube de horrores;

el *Cristo Blanco*, era la promesa pueril de la Esperanza;

el *Cristo Rojo*, es la promesa viril de la Venganza;

más allá de la cruz del *Cristo Blanco*, se extendían los reinos fabulosos de la Vida;

y, en torno al pedestal del *Cristo Rojo*, los reinos silenciosos de la Muerte...

¡oh, el *Cristo Blanco!*

¡oh, el *Cristo Rojo!...*

---

las águilas latinas...

Porque el momento histórico es triste, de una tristeza abrumadora;

porque la cerrazón del horizonte es densa, de una densidad pavorosa;

porque un estremecimiento de angustia agita el mundo todo;

y, porque la humanidad dolorosa, no sabe dónde volver los ojos afligidos;

por eso, en la sombría tristeza del momento, todo rayo de esperanza finge fulgores de sol;

mientras el Oriente tiembla profanado bajo la mutilación y el pillaje de los bárbaros occidentales;

y el Transvaal, sucumbió en el heroísmo como un mártir en la hoguera prendida por las manos de Lord Kitchener;

y en Rusia, la juventud de las escuelas, como un trigal bajo el huracán, cae arrollada por la onda férrea de los cosacos;

mientras tanto crimen y tanta sangre caen sobre

la tierra, una sonrisa de Paz, brilla como un rayo de alba en los mares de Occidente;

un estremecimiento de alegría, un rumor de fiesta, pasan por los jardines y los parajes encantados de la costa azul;

y la ribera se enflora, coronándose como una desposada, con todos los azahares de sus naranjos en flor;

y, va, como una canéfora núbil, á ofrecer todas las flores de su primavera espléndida, al altar de una diosa abandonada y perseguida : la Fraternidad;

y, el Mediterráneo, azul, profundo, rumoroso, se muestra como una copa de zafiro, ornada de lirios heráldicos, y en cuyo fondo han caído negros pétalos sombríos;

son los vapores de guerra, los heraldos del terror y de la muerte, que van allí, á saludar sumisos : el Amor y la Paz; (1)

es allí que se dan el beso dos hermanas, largo tiempo separadas, que vuelven de muy lejos, de viajes tormentosos por el estéril país de la quimera;...

es el abrazo de fraternidad de dos grandes naciones, de dos hijas gloriosas de la vieja madre Roma, de la raza del Lacio, que un día cubrió como una inundación la tierra toda;...

(1) La visita de la Escuadra Italiana á Tolón.

la Italia y la Francia, las dos hijas dilectas de la Historia, se han abrazado de nuevo en la rada de Tolón;

el mundo mira hosco y airado aposentarse esas extrañas águilas, las del Sena y las del Lacio, en los mástiles de los mismos buques, y abrir fraternalmente las alas, al calor del mismo sol ;

la hora de la fraternidad de las razas se aproxima ;

el viento del peligro, que sopla sobre la tierra, las llama á la unión y á la defensa ;

Salisbury, Chamberlain, de Inglaterra, Guillermo de Prusia, proclaman la unión de la raza sajona, y del Capitolio de Washington, los marmitones de esa raza, responden en un *¡ hurrah !* formidable, al grito de esa unión ;

grandes hombres de Estado de nuestra raza, han pensado, que si no era la hora de una unión definitiva, era al menos la de una aproximación cariñosa de los pueblos latinos de Europa ;

en la entrevista de Tolón, el corazón de los dos más poderosos países latinos ha palpitado al unísono ;

la España, vencida, pero no destruída, despojada, pero no muerta, ha concurrido á la cita fraternal ;

es una hora trascendental, esta hora de la reconciliación y de la paz ;

las águilas fraternizan y los leones sonríen ;

el gallo galo ha cantado desde lo alto de los más-tiles, en la rada de Tolón ;

es la hora del Alba ;

el Alba de una raza que despierta...

---

dios del siglo...

Vencido hasta en el corazón, el siglo traidor murió, dejándonos como herencia, la adoración de su ídolo deforme : el Miedo ;

he ahí el dios del nuevo siglo ;

los reyes tiemblan de espanto, viendo la sombra de su grandeza decrecer, como la de una cima á la aparición del alba ;

los pueblos tienen miedo de sí mismos, y se asombran de ver su propia sombra, engrandecida en el crepúsculo, reflejarse sobre la onda turbia de las revoluciones indescifrables ;

y, los mil tentáculos del monstruo insaciable, abarcan el mundo y lo sumergen bajo la trasparencia pérfida de una serenidad halagadora ;

y, los conductores de los pueblos, los hombres trágicos, van hacia la noche, sin presentir la aurora, que se alza detrás de ellos, con blancuras ideales, infinitas ;

y, las olas enormes del pensamiento humano, se

alzan en el horizonte, y pasan sobre el mundo, impulsando el largo estremecimiento de las muchedumbres dolorosas, semejante al oleaje de una mar misteriosa, incógnita;

y sobre la vertiginosa tormenta de los pueblos, el Destino pone el pavoroso sello de lo desconocido;

en la opacidad siniestra de los acontecimientos, solo alcanza á verse la sombra del Derecho fugitivo, que huye vencido, en la aridez ilimitada de una desolación sin nombre;

en los mares taciturnos de la Infamia, la Justicia Suprema hace naufragio, cual si la batiese sobre el escollo, la terrible brutalidad de un mar Egeo;

y, todo es indescifrable en la bruma angustiante del momento;

y, sellada está como un enigma, la palabra salvadora de la época;

por todas partes, la incertidumbre, la incoherencia, el miedo;

al equilibrio europeo, sucede la instabilidad europea;

¿cuál será el orden nuevo, que ha de suceder á esta instabilidad amenazante, que poniéndolo todo en duda, lo pone todo en peligro?

¿qué forma definitiva de gobierno se desprenderá de todo esto?

el derecho divino y el sufragio universal, ¿pueden coexistir?

¿cómo se concilian el derecho hereditario y el derecho popular?

si los acontecimientos hacen necesaria una nueva partición de la Europa, ¿cómo se hará esa partición, sin herir el sentimiento de las nacionalidades, que parece no haber sido erigido en derecho, sino para ser violado en hecho?

¿qué significa esa palabra: *nacionalidades?* ¿dónde comienzan?

en realidad y sin frases, ¿existe ó ha existido en Europa, otro derecho que el derecho de la fuerza, más ó menos temperado por la prudencia?

si es posible otro derecho en esta era de conquistas, ¿por qué no apresurarse á instituirlo?

nunca fueron para ello las circunstancias más propicias;

el mundo está hambriento de paz, ¿por qué no dársela?

y, la interrogación formidable está en el horizonte de los pueblos, oscilante, como la cauda de un cometa mortal;

y, el mundo marcha;

¿hacia dónde?

vacilante entre la Revolución y la Reacción, ¿hacia cuál inclinará el género humano la cabeza cargada de dolores?

¿Cuándo el mundo moral, inclinará el eje hacia el Derecho?

¿Cuándo, ¡oh Justicia! llegará tu día?

los pueblos lloran en la desolación de tu orfandad;

¡oh! siglo mentiroso el siglo muerto;

habló de todos los derechos, y todos los violó;

por él, despedazada fué la Polonia, entre las garras de las águilas sajonas y las del oso polar;

y la Dinamarca fué despedazada por el Austria y por la Prusia;

y, desapareció el Hanover;

y, la Francia fué mutilada;

y, España despojada fué;

y, Grecia vencida por el bárbaro;

y, Creta gime asustada, en las manos del Sulán;

y la Armenia, se desangra y muere, como una virgen cristiana en las arenas del Circo;

y, la Macedonia de Alejandro, se debate en sus cadenas;

y la Albania desmaya;

y, el Transvaal desapareció;

y Cuba agoniza, con la bandera estrellada clavada en el corazón;

y, ¿esa fué tu conquista? ¡oh civilización mentida y sanguinaria!

¡oh precursores! ¡oh luchadores del Ideal! vuestra es la derrota;

¡oh, Kosciusko! sobre tu obra, los czares han

escrito el epitafio que trazó tu espada : *Finis Poloniæ*...

¡oh, Martí! sobre tu sueño y sobre tu pueblo, los bárbaros del Norte, han escrito la trágica palabra : *Vixit*.

¡ dormid en paz ! oh soñadores ;

los tiempos heroicos han pasado ;

la gloria ha muerto ;

no hay sino una epopeya digna de estos tiempos : la expedición de China ;

y una *gloria* digna de este siglo : la de Aguinaldo, el tágalo traidor...

---

leviatán feroz ..

En el triste silencio omnipresente, la augusta rebelión abre las alas;

y semeja un pájaro de púrpura, sobre la gris quietud de un mar de estaño;

es el ave fulgente del mañana, el ave Redención, que vuela y grita, desgranando sus notas vengadoras, en la quietud servil de un pueblo esclavo;

el lobo adolescente y taciturno lame su herida en la silente estepa;

y el misterio profundo de las masas hierve en aquel oleaje doloroso;

y, el incurable loco, el despotismo, azota el dorso de la mar gigante;

y, es un océano en cólera la turba, que encadena en su entraña desgarrada, el leviatán feroz: el alma rusa;

y, como extraña floración de espumas, sobre el mar agitado y tempestuoso, se ven abrir las almas juveniles, en las ondas furiosas del tumulto;

¡salve á la adolescencia legionaria!

¡salve al Apóstol Juventud! ¡oh salve!

y, es una aurora, aurora de venganza, la que rompe en el pálido horizonte;

una alba es la protesta, una alba roja;

y, tiñó en sangre su veste inmaculada, como la virgen pávida, en el Circo;

¿escucháis ese grito que desgarra el silencio en los montes del Ural?

es Prometeo, que aun vive encadenado del Cáucaso en la Cima;

el mito visionario se hace eterno;

¡eterno, como el mal que lo encadena!

y, perdura el rebelde formidable, perdura bajo el ala que lo azota, con el pico asesino en las entrañas;

¿no lo oís cómo grita en la penumbra, el grito de dolor hondo, insondable?

¿no lo escucháis clamar por la Justicia, por la justicia eterna, que es su madre?

¡oh Justicia! oh, madre mía, ved mi duelo, dice el Titán.

y, en su duelo lleno de venganzas, como en el seno de una tempestad, ¿no veis el rayo?

encadenado será y clavado á la roca formidable;

pero, robó el fuego del cielo, arrebató el rayo á las manos de Júpiter;

y, el dios tiembla ;

la agonía del Olimpo ha comenzado ;

Jove, está herido de muerte ;

y morirá. . . . .

. . . .

y, en tanto, la Hidra Implacable, tiende la pompa sacerdotal de sus alas de tinieblas, sobre la floridez de lirios en botón ;

¡una siega de flores en capullo!

¡una siega de pámpanos floridos!

y, el núbil heroísmo encadenado fué ;

y, sobre su corazón rojo y latente, abre el buitre letárgico las alas ;

¿escucháis el rumor de los cosacos en carrera tendida?

¿á dónde van?

¿qué quieren esas fieras del desierto?

¿qué busca su apetito?

¿á quién devoran?

van al asesinato despiadado, ¡centauros de Error contra la Luz!

y, hay gritos de protesta y de agonía y rumor de la muerte en las tinieblas ;

y un estremecimiento trágico, como viento de Octubre en la montaña, pasa por sobre el corazón del mundo ;

es, que la fuerza brutal mata al Derecho ;

la lanza de los cosacos asesina la Esperanza ;

¡ es la hora crepuscular en que agoniza la Idea! (1)

bajo aquel huracán de barbarie, cae la Juventud, muere la aurora;

y, en la noche que desciende, se ahogan en sangre sobrenatural los lises cándidos;

¡ oh momento de horror y de tinieblas!

¡ decid si es la hora del dolor para el pensamiento! . . . .

. . . .

... el drama del cosaco vencedor, la epopeya sangrienta del genízaro, ese epinicio lúgubre de la fuerza omnipotente, esa victoria de la soldadesca ebria sobre la juventud desarmada y gloriosa, esa tragedia sangrienta que el Imperio del Czar ofrece al mundo, es el complemento lógico del estado de insania en que vivimos;

¡ la misma lucha, agonía y muerte del Derecho, en todas partes!

los mismos sayones en el huerto, los mismos escribas del Pretorio, los mismos legionarios y la plebe, y la misma ascensión hacia el Calvario, las mismas livideces de la cumbre, y el mismo Mártir pálido en la cruz...

¡ oh eternidad del drama doloroso!

¡ y, allí también el Justo fué vencido!

¡ y, allí también el Crimen vencedor!

(1) Asesinato de los estudiantes de Kiew, Moscou y Petersbourg.

y el Justo era gallardo, adolescente, fuerte como el arcángel de la Biblia;

era la juventud;

traía en sus manos como oliva mítica: la Idea;

entre sus labios, como una flor purpúrea: la Protesta;

sobre su frente pálida, se abrían, como alas de libélulas gigantes, nimbándolas con luces de crepúsculo, todos los blancos sueños del Ideal;

y ese David sin honda, fué vencido;

y, degollado fué por el cosaco lleno de aquel orgullo pavoroso, del bárbaro que viola la Verdad;

y, la protesta que expiró en sus labios, era una flor de sueño, flor de símbolo;

y, salido había de las escuelas como de un nido de águilas heroicas;

y, fué hasta el pie del trono, rumoreando una sola súplica: *Justicia;*

y, el pálido perfil del autócrata, del taciturno y místico déspota, tuvo un ceño de cólera inclemente, y la nube siniestra de venganzas, cayó desmesurada, asoladora, ahogando aquellas voces que pedían: *Justicia,* nada más, sólo: *Justicia;*

y, la virgen protesta fué violada, muerta como Hipatia, sobre el Propileo;

y la soldadesca feliz, ebria de sangre, gozosa de insultar las nieves luminosas de la Idea, se preci-

pito como un torrente de acero y rompió la protesta generosa;

¡qué jornadas de mengua y de dolor!

toda la juventud de las escuelas atacada, arrollada por los cosacos, muriendo desarmada bajo los cascos de los caballos, atravesado el corazón por las bayonetas asesinas, expirando en las sombras de la noche bajo el golpe del látigo ó fusilada en grupos al aclarar el alba, en el patio de un cuartel;

y, mil setecientos niños deportados á Siberia;

de Moscow á Pietroburgo, de Pietroburgo á Kiew, una onda rumorosa de protesta ha seguido estos asesinatos colectivos;

y uno como estremecimiento misterioso, de sorda cólera nacional, conmueve el corazón de todas las Rusias;

el alma eslava, melancólica y grandiosa, despierta al ruido de la fusilería que asesina su juventud, que es la esperanza, y que cae así como las hojas de un rosal sacudido que se desgaja sobre un pantano;

¡oh, momento desesperante y trágico!

¡oh, Justicia! ¿tu reino ha acabado sobre la tierra?

no;

vives en el vientre de esa rebelión fecunda, te nutres de esa sangre generosa;

y, surgirás un día; ¡oh, fénix inmortal! de tus cenizas;

tras de aquellos féretros de adolescentes, que siguen sollozando las madres dolorosas;

tras de esas caravanas de niños deportados, que no han de volver jamás al hogar enlutecido;

tras de todo ese duelo y esa desaparición, va sollozante el alma de la Patria;

y, sobre todas esas livideces que caen sobre el vencimiento, blancuras de sudario y blancuras de estepa, ella escribe esta palabra inconmensurable: *Esperanza;*

y la Esperanza se abre como un asfodelo inmortal, en las losas del sepulcro, y brota como un lirio de fuego en las nieves de Siberia;

la Esperanza es la aurora del vencido;

la tumba de los héroes es genitriz de las victorias;

mañana, en el silencio infinito en que ha muerto el grito de esas turbas, el oleaje estremecido del pueblo, y el clamor de las ciudades, se despertará el insólito rumor de la turbulencia inacabable;

la Revolución, implacable y trágica, pasará, escribiendo sobre el mármol y las nieves que cubren la Protesta asesinada, las palabras que sonaron á los oídos de Lázaro: *surge et ambula;*

y los muertos se alzarán y caminarán hacia tu trono, ¡oh César!

y, no habrá espesor en las podredumbres de tu púrpura donde puedas esconder la frente, ni plumones en las almohadas donde los cortesanos sofocaron tus abuelos, para taparte los oídos y no escuchar en el vértigo del miedo, el estallido de las voces formidables;

¡ oh César ! los días del absolutismo están contados;

el pueblo camina en la sombra contra él;

y llegará;

el trágico incendio del horizonte, formando un círculo de fuego en torno á tu aislamiento, te anunciará que ha sonado la hora en que el rayo de la Justicia, respondiendo al clamor del Universo, ha caído sobre tu trono (1);

y, entonces, ¡ oh, sombra de Baltasar ! el muro incendiado te dirá la leyenda de tu gloria;...

Mane, *Thecel*, *Phares*...

(1) La mano de los hombres amarillos, ha suplido la mano de Dios, escribiendo en las soledades de Mandchuria, con un pincel de llamas, el formidable dístico de muerte... Baltasar idiota llora como Boabdil... Sus lágrimas no apagarán el incendio, ni vengarán la sangre derramada... La Justicia vive... (1904)

lucha mortal...

El monstruo gime, herido en las entrañas, se agita estoico en convulsión violenta;

y, el mundo que presencia su agonía, espera ver surgir de sus despojos, toda la floración de la victoria;...

el duelo es formidable, duelo á muerte, entre la libertad y el fanatismo;

y, es un momento sociológico grandioso;

vientos de persecución y de derrota soplan sobre las teocráticas legiones;

y, ellas, luchan terribles en la brecha, con una ciega fe de iluminados;

y es horrible en su trágica armadura el espectro siniestro del pasado;

la rebelión de las almas ha roto el suelo bajo sus plantas;

la explosión dela luz ha incendiado el cielo sobre su cabeza;

y, hundido á mitad entre las ruinas, en las livi-

deces de ese crepúsculo sangriento, combate aún, como un buitre rencoroso, agitando sus alas moribundas, en pos de la presa que se escapa ;

y, sus alas fatigadas hacen sombra, y su pico sangriento hiere aún;

trágica agonía del monstruo ;

por todas partes el clericalismo atacado acude á la brecha, y por todas partes retrocede, sintiendo la explosión de la muralla ;

y, *soldado de Dios*, como él se llama, permanece estupefacto, viendo las hordas de los hombres llegar victoriosas sobre el muro ;

el cielo lo ha abandonado;

las legiones divinas no vienen ya en su ayuda;

los ángeles no combaten á su lado ;

el horizonte no se incendia con el fulgor de alas divinas ;

el Milagro ha muerto;

ya el lábaro de Constantino es un harapo entre sus manos ;

por todas partes la nave de San Pedro hace agua;

el naufragio crece ;

y, en los horizontes lejanos, no hay ni cima, ni faro, ni esperanza ;...

la cólera del cielo encima, la inclemencia del mar abajo...

sobre su cabeza el rayo, bajo sus tablas rotas, el abismo ;

y, el conductor en pie, blanco lirio del naufragio, como hecho de la espuma de las olas, envuelto como en un sudario entre los blancos jirones de las velas desgarradas;

. . . .

¡ay, los tiempos han cambiado!

de los castillos abiertos no salen ya caballeros misteriosos, armados de todas armas, para ir á la conquista del Santo Sepulcro;

nubes de turistas van á Jerusalen en ferrocarril;

los nuevos cruzados son los viajeros de Cook;

la Biblia de ese viaje es el Bædecker;

el fantasma de Godofredo no cabalga ya en los llanos de Palestina;

y, don Quijote, duerme para siempre, bajo la majestad de sus arreos, en las llanuras polvorientas de la Mancha;

de los castillos feudales, hechos fábricas y talleres, en vez de caballeros armados, salen obreros pensativos;

ya no se oye el ruido de las espadas sino el del martillo;

esas multitudes no van á la conquista del sepulcro, sino á la conquista del pan;

ya no se combate por Dios, sino por la Vida;

el reino de la Fe ha pasado;

y el Conde de Mun es uno de sus últimos profetas;

la legion del pasado, estupefacta, se prepara á la última batalla ;

el alma humana, tanto tiempo prisionera en las redes de la sombra, empieza á despertar ;

los leones nostálgicos no quieren ser ya las bestias domésticas que el Papado ha llevado en pos de sí, mutiladas y vencidas ;

y, el alma de la multitud es ondeante y traidora como el mar ;

como él, tiene descensos magnéticos y marejadas sombrías ;

en la vaga inconsciencia de su oleaje, ella siembra la muerte y da la vida ;

¡ guay ! del domador de multitudes cuando la fiera trágica despierta :

el rayo no vendrá de dios sino del pueblo ;
dios es un mito ;
el pueblo una verdad;
dios, es el pasado ;
los cadáveres no fecundan ;
la muerte es estéril !

---

el apóstol...

El apóstol es solo;

¡glorioso y conmovedor destino el suyo!

su corazón, aislado del corazón de las multitudes, las fecunda como el sol á la tierra, sin tocarlas;

la soledad es su reino;

toda alma es un universo, cuando deja de amar se ama, cuando deja de escuchar se escucha;

y, el Apóstol vive en el limbo radioso de su soledad, en mudo coloquio con su pensamiento, bajo el ojo fulgurante de su dios;

se siente pensar, y el ruido de su pensamiento se hace Verbo;

el coloquio del Sinaí es eterno; vibra siempre en las ondas del Misterio;

las águilas de Patmos, vuelan, vuelan...

no se cansan jamás;

la curva luminosa de sus alas y el salvaje fulgor de sus pupilas brillan siempre en la roca formidable;

y, pasan, como flechas de lo eterno, iluminando el horizonte obscuro;

¡terrible sagitario el pensador!

aquel que no se aísla, se dispersa;

y, el apóstol se aísla;

y, como todo le es hostil, refugia en la soledad su cabeza lapidada, mientras puede reclinarla en la tumba cariñosa; casi siempre una tumba en tierra extraña;

la patria del apóstol: el Dolor;

bajo su inspiración sagrada, confía como la Pitonisa, su pensamiento al ala tenebrosa de las tempestades;

y dice la palabra fecunda de la Vida y la Verdad;

sus ojos, viudos de emoción, no lloran nunca;

sus oídos, vírgenes de la lisonja, no la sienten;

sus labios inaccesibles á la mentira, no la dicen;

y, en el círculo simbólico de su aislamiento, el demiurgo borrascoso é insociable, alza su frente como un faro;

y, su mano es la columna de fuego en el desierto de las almas: *eris sicut deus...*

airado, inaccesible, como un dios;

es fuente de Verdad;

el Dolor tocó en su pensamiento, y la Verdad brotó de él, como el agua del seno de la roca;

y, como un pelícano salvaje, da su inabarcable corazón á devorar;

Dios, lo hizo inagotable y formidable;

el carbón de Isaías, que ardió sus labios, también cauterizó su corazón;

el dardo del insulto no lo hiere;

inclina por piedad, su cabeza, cargada de pensamientos eternos, hacia la efímera lucha, hacia las turbulencias de los hombres, y siente venir á él, el vértigo de la Muerte;

y, como un cisne en agonía, da entonces la palabra de la Vida;

el grito del espanto, el sollozo de la misericordia, la voz de la consolación, brotan de sus labios, pero no la palabra de: Adorar;

no adorará;

si el pilar de un templo, conmovido de adoración, quisiera doblarse y adorar como los fieles, el templo se derrumbaría, sepultando en sus ruinas los dioses, los creyentes y el altar;

la adoración del hombre por el hombre, es vil;

el evomerismo de la política es servil;

¿qué hay digno de adorar, en esas turbulentas insanias de la fuerza, en ese fangal hirviente, donde al calor del lodo, el Escolopendro crece hasta el Tifón?

sólo la Verdad es inmutable;

la nobleza de una Vida, es servir á la Verdad: *Vitam impendere Vero;*

la gloria de un talento es ser fiel á las ideas;

y, el Apóstol, desprecia el crecimiento fenomenal de los hombres de la fuerza, en las orgías sangrientas de la política;

¡ trágicas flores de sangre, efímeras y crueles, como la angustia de un mal sueño!

y, va al encuentro de los pueblos, que marchan en manada, condenados inocentes, como los cerdos de Agrippa, llevados al sacrificio por parásitos ciegos de soberbia;

y, de pie, sobre el sendero de la piara, les pregunta como el Apóstol al Maestro : *¿ quo vadis? ¿ á dónde vais ?*

y, con la grandilocuencia de su cólera, con su inflexible querer de Taumaturgo, rompe los ídolos en presencia de la muchedumbre estupefacta, mientras tendiendo, en el crepúsculo, su mano pálida de sembrador de sueños, les muestra en lontananza el polo inmóvil de la Idea;

y con el acento del legislador hebraico les grita : *No adorarás ;*

no adorarás esos amos de un momento, esos dioses de carne que tu corrupción engendró y tu servilismo nutre;

no adorarás esos ídolos pretorianos, hijos de la turbulencia, que en una hora de insania se acostaron hechos monstruos y despertaron hechos dioses;

no adorarás esas libélulas fugitivas, alzadas de

tu propia corrupción, que han arrojado sobre sus hombros de insectos, un harapo sangriento como púrpura;

no adorarás esos césares de un día, esos hijos del acaso, nacidos de las entrañas de la guerra, como la larva de las entrañas del volcán;

no adorarás ese monstruo : el Déspota;

no lo adorarás;

como al Ídolo de la Biblia, rómpelo en pedazos;

forjado en la fragua de tus pasiones, fúndelo de nuevo y arroja al viento la miseria de sus metales en fusión;

y con el verso mosaico les repite;

no adorarás sino al señor tu Dios;

y Dios tiene un solo nombre : Libertad;

adorarás la Libertad;

he ahí la palabra del Apóstol...

God save the King.

Bajo el cielo negro, en el horror de la tiniebla engrandeciente, entre el largo rugido del universo que sufre y cuyo lamento sube en la noche impenetrable como un grito de dolores amotinados, se escuchan, cual himnos de olas en la mañana triunfal, los cánticos maravillosos, las salutaciones adoratrices de muchedumbres en fiestas;

es un rey que pasa;

un rumor como de mar que sube en el silencio, se escucha sonar bajo los cielos serenos, en las inmensas avenidas, bajo los altos pórticos de la Ciudad Sol;

son las aclamaciones de la Francia á su enemigo tradicional que la visita;

todas las frentes vueltas hacia el Rey de Inglaterra, lo saludan;

¡welcome! ¡welcome!

y, los rencores nacionales huyen, como un vuelo circular de buitres que se pierden en el crepúsculo;

ese Rey, viene de la Ciudad Eterna, de esa gran ruina pétrea, que atestigua en su melancolía gloriosa, la triste inanidad de las conquistas, la esterilidad dolorosa de las obras de la fuerza;

él, alcanzó á ver, en el encanto triste de las tardes romanas, la soledad de los grandes arcos triunfales, alzándose en las vías desiertas, donde hace siglos el viento borró las huellas de los conquistadores hechos Césares y de los Césares hechos dioses por voluntad augusta del Senado;

la inmortalidad que les decretaron, yace con ellos en el silencio y el olvido...

el fantasma de aquel grande Imperio desvanecido, ¿no diría nada á ese Aníbal pacífico, Emperador de la nueva Cartago, cuyas turbas mercenarias, pilladoras de pueblos, acaban de ser vencidas, por allá en las fronteras del mundo bárbaro, por un nuevo Jugurta, que levantó con los cuerpos de sus súbditos y el pecho de sus caballos, la muralla impenetrable, á la invasión creciente de la barbarie saxona?

él, fué el huésped del heredero de los nuevos conquistadores romanos, los gloriosos lobatones de Saboya, prendidos hoy al pezón de la gran loba latina, que al pie del Capitolio, sueña aún con la conquista, como en los días que lastimaban sus ubres generosas, los dientes ya feroces de los gemelos de Rhea;

y, ese rey pasó el Tíber, y puso su mano en la mano nonagenaria del Pontífice, su más terrible rival, en el reinado espiritual de sus súbditos;

y, por primera vez el Papa Luterano, entró coronado y radioso, bajo los altos pórticos de San Dámaso, hasta la celda austera donde el Papa Católico, extiende su cayado sobre la grey dispersa, en esta hora terrible, de rebelión y de tormenta;

el Cisma, puso sus manos en las manos de la Fé;

el Papa Anglicano y el Papa Romano se estrecharon;

Cristo y el anticristo se abrazaron;

no fueron dos reinos, fueron dos iglesias, que se besaron;

por sobre todas las reconciliaciones de los reinos efectivos de la tierra, la reconciliación de estos dos reinos quiméricos del cielo, extiende en su conmovedora puerilidad, una como bandera de paz ante el horizonte blanco y la universal tristeza de las almas cándidas y pías;

el beso de los dos Papas, tiende uno como arco iris, sobre el mar agitado de las almas;

es la hora de las grandes reconciliaciones;

un minuto de Paz;

¡ bendito sea !

. . . .

los pensadores se inclinan sobre los aconteci-

mientos como á la orilla de un océano, lleno del infinito de las olas ;

la poderosa voz de la marea humana, sube en la sombra profunda, donde apenas pueden distinguirse vagas cimas, nimbadas de crepúsculos, en la triste gloria de un sol pálido ;

extraños focos de luz, como radiosos semáforos, brillan en la lontananza brumosa, allá sobre las costas lejanas de la Historia ;

en la placidez del momento, el velo rojo de la guerra se recoge lentamente, sobre los horizontes serenos ;

en el cielo, que semeja un gran velo franjeado de oro, donde se abren los lises albos de la Esperanza, tiende su vuelo ondulante la paloma inmaculada de la paz ;

y entre los cánticos de las alegres salutaciones, sobre las multitudes felices y las banderas desplegadas, parece que la voz de un dios desconocido, vibrando en el aire calmado, murmurara desde lo alto, las eternas palabras, que perdonan y bendicen :

Pax vobis.

Imperial Barnum. .

El último viaje de Guillermo, el de Prusia, á Roma, ha demostrado bien que este extraño aliado no entiende ser sino el huésped condicional de Víctor Manuel III y que su política confesional, tiene en más aliarse al Papa contra la Francia liberal, que al Rey contra la Francia militar ;

esta vez, el viaje del Barnum Imperial, revistió la fastuosa decoración de un peregrinaje teatral ;

y, la comicidad abyecta de las pompas reales, dijo al mundo, cómo aquel monarca, escoltado de sus coraceros blancos, en la Ciudad Intangible, hacía honores de soberano, al enemigo implacable de la Italia libre ;

las águilas de Prusia, no hicieron sino un alto en el Quirinal, y de allí emprendieron el vuelo á la colina hostil : al Vaticano ;

y, el aliado pérfido, probó así, que más que al Rey de Italia, su aliado material, la visita era al Papa Romano, su aliado espiritual

la Italia liberal lo ha comprendido; . . . . .

. . . .

de Roma, el infatigable Anacarsis del ridículo, fué hasta el Monte Casino;

y, la grande Abadía, blanca sobre la roca negra y bajo el cielo azul, vió llegar aquel descendiente de Federico el Grande, precioso fruto de degeneración, alucinado como su antecesor, obsesionado por las neurosis de su temperamento de eslavo bárbaro;

su espada, de una virginidad inofensiva, le servía de uno como humilde bastón de peregrino, para ascender hasta la roca abrupta, donde su implacable abuelo, había llegado en alas de la muerte y del pillaje;

allí, de pie sobre la Roca Janula, que la devastación de los antiguos tudescos conmovió tan rudamente con sus ondas de barbarie, pudo ver extenderse: á un lado, los grandes llanos melancólicos, que van hasta los Alpes Julianos; y al otro, los parajes encantados de la Gran Grecia, que se extienden como una caricia de belleza, hasta los mares córsicos;

por todas partes, la decoración y el cántico, de esa cosa esquiva á su nombre y su reinado: la Gloria;

los rudos abates, que duermen el sueño eterno, en el claustro sombrío, *condottieres* tonsurados, que

se acostaban en la muerte con la espada al lado y la cruz abacial entre las manos sangrientas, debieron sonreir de desdén en su sepulcro, ante la aparición de aquel conquistador de opereta, tan soberanamente bufo, de aquel matador de chinos, Iván el Terrible, que, esquivo á los combates y al peligro, quiere desde su palacio de Potsdam, con su brazo corto y deforme, ensayar el gesto que encadena los siglos ;

y, de las llanuras inmortales, de los mares pacíficos de índigo, debió sentir llegar hasta él, como una carcajada sonora, como una fanfarria gozosa, ese ruido que acoge y envuelve su vida, sus empresas y su nombre : el Ridículo ;

el ridículo que lo inmortaliza y que lo aplasta ;

ese es su reino...

---

caput mortuum...

La acre cólera de los pueblos se había diseminado en el horizonte como un aluvión de llamas;

tras las montañas incendiadas, el sol de la devastación se ocultaba, proyectando un crepúsculo de púrpura, sobre paisajes siniestros de exterminio;

en el duelo inmenso de la naturaleza, estallaba la cólera de los hombres, como un volcán humano, rugiendo en erupción, bajo la indiferencia taciturna de los dioses;

dispersada á los cuatro vientos del horizonte, la ceniza de la desolación marcaba la tierra penitente, sobre cuyas llanuras anafródicas, relinchaban desbocados los caballos de Ezequiel;

el mundo era como un abismo enorme, donde se incubaban las catástrofes, en el flujo y reflujo del Misterio, bajo el ojo ataraxeo de lo Eterno;

el duelo inmenso de la hora, hacía siniestramente tristes los hombres y las cosas;

y, la tierra parecía gemir, como sacudida por la carrera vertiginosa de todas las cuadrigas aladas del Apocalipsis ;

sobre las más altas cimas del pensamiento, profetas dolorosos y extraños, arrojaban la simiente del Ideal, sobre muchedumbres estupefactas, tardas en devorarla;

y, bajo la noche de los cielos y la obscuridad sepulcral de los astros, sus ojos hambrientos de esplendores, devoraban las tinieblas, sin ver lucir un rayo salvador, en la derrota definitiva de la luz;

y, en la soledad de sus almas heridas é inapaciguadas ;

ante el abandono de los hombres y de las cosas;

absortos ante la ruta incierta de los acontecimientos, que como ríos fangosos, iban hacia la desaparición y hacia la muerte ;

los profetas callaron ;

era el alba de la barbarie;

¡ la hora más triste de la historia humana !

la civilización agonizaba ;

el bárbaro había vencido ;

las hordas de Alarico habían de nuevo escalado el Capitolio ;

y, la tristeza, se extendía sobre el mundo como un manto de duelo ;

. . . .

. . . .

el pueblo más grande de la tierra, había sido vencido y humillado;

las hordas adventicias de los germanos, habían regresado á sus hogares, hartas de asesinato y de pillaje;

los príncipes teutones, feroces y taciturnos, habían vuelto á sus castillos feudales, en el fondo de las selvas negras, ó en las cimas abruptas, y contaban su botín, traído por esclavos blancos, que recordaban los quince mil elefantes de Antioco;

la Europa cómplice, temblaba ante el espanto de su propia iniquidad;

pueblos desencadenados en el dolor, aventando lejos sus cadenas y alzando en un gesto formidable, sus brazos lacerados al vacío;

las águilas napoleónicas, muertas bajo las picas populares de la conmoción, ó fugitivas ante el resplandor siniestro de las teas, portadoras del incendio;

y los aguiluchos sajones, repasando el Rhin, hartos de sangre y podredumbre;

la República, brotada como un prodigio, en medio á escenas terribles de heroísmo y de degollación;

un Imperio derrumbado;

un gran pueblo mutilado;

la gloria prostituida;

la libertad vencida;

el género humano en duelo ;

tal era el cuadro del mundo, en esa hora trágica de miseria, en que se anunció á la tierra, esa liga formidable de Odio, de Ingratitud é Indignidad, que se llamó : la *Triple Alianza ;*

el Odio : la Alemania ;

la Ingratitud : Italia ;

la Indignidad ; el Austria ;

¡ el triángulo terrible ! . . . .

. . . .

Víctor Manuel II había muerto ;

el águila saboyarda, que un siglo atrás había salido de Cerdeña, famélica y terrible á caza de pueblos y coronas ;

y, había caído sobre Aix, y pasado los Alpes, y llegado al Po, y atravesado el Arno, y volado por sobre el Adriático hasta Venecia y por sobre el Mediterráneo hasta Nápoles y había cruzado el estrecho hasta posarse en Sicilia, al pie de la solfatara extinta ;

y, arrebatado de Milán, la corona de hierro del Grande Imperio, y abatídose sobre la cúpula de San Pedro en Roma, aprisionando en sus garras las llaves del Pescador, el cayado del Pastor, la tiara del Pontífice, extendiendo la sombra de sus alas conquistadoras sobre el silencio de la Ciudad Eterna, yacía exánime y rendida sobre un gran bosque de laureles, en los mármoles del Panteón, sobre la tumba del gran Rey ;...

Garibaldi, había desaparecido, y con él, el más fulgurante rayo de heroísmo que haya iluminado la leyenda y la historia, de Homero á Teócrito, y de Plutarco á Bovio ;

los días heroicos de la Italia habían pasado ;

los héroes se habían ido ;

los políticos habían llegado ;

á los fundadores seguían los destructores ;

los leviatanes del peculado removían ya los mares fangosos de esa política obscura y nefasta, en cuyo fondo no se vió por luengos años reflejarse ya el rostro heroico y el alma grandiosa de la joven Italia ;

se estaba lejos, bien lejos, de los tiempos de Manín y de Mazzini ;

los enanos jugaban con la melena del león de Venecia y desgarraban el Evangelio del soñador augusto ;

Crispi había llegado al poder ;

Crispi no era el genio, era el rencor, era la pasión baja, enconada y sórdida ;

su odio á la Libertad, cuando gobernó, no es comparable sino á su pasión por ella mientras la deshonró sirviéndola ;

el ex Pretor de Sicilia, estranguló la Libertad con mano más brutal, que la que empleó antes en estrangular la Monarquía ;

Crispi, no era un hombre de Estado, como la hipérbole adulatriz lo ha dicho ;

era un jacobino apóstata y violento, que después de traicionar la Libertad, no pensó sino en destruirla;

era un Saint-Just sin virtud, un Robespierre sin austeridad, puesto al servicio del Rey;

era un Collot d'Herbois, hecho Ministro;

¡ tránsfuga oprobioso, que empleó la mitad de su vida en traicionar la otra mitad!

Bismarck, magnífico y odioso, lo meduseaba;

y, fué la caricatura de Bismarck;

desde su palacio de Berlín, oteaba el cuervo tétrico que había llegado al Quirinal y posado en la Consulta, afilaba el pico hostil y las garras brutales, para ir contra la grandeza y el corazón de la libertad italiana;

y lo sedujo;

y llevó la Italia al pacto abominable;

llevó al Gobierno, no llevó al pueblo italiano, á formar el triángulo fatal;

la Italia, ha amado siempre la Francia: su libertadora;

ha odiado siempre al Austria: su torturadora;

y desdeña á la Germania, que aspira á ser su explotadora;

y el pacto abominable se hizo;

y, la Italia mutilada abrazó á sus verdugos;

y, la Alèmania se unió á su viejo adversario;

y, el Austria, tendió una mano al Rey de Prusia,

por sobre los campos sangrientos de Sadowa, y otra al Rey de Italia, por sobre el recuerdo terrible de Solferino y de Palestro;

y, estrechó contra su corazón cobarde, aquellos dos terribles enemigos de su raza y de su pueblo, aquellos vencedores suyos, que habían infligido las más sangrientas derrotas y las más tristes mutilaciones á su Imperio;

y, por un cuarto de siglo el crimen fué; . . .

. . . .

hoy, la obra se derrumba;

la *Triple Alianza*, agoniza;

obra del Odio, los odios históricos la matan;

entre Prusia y Austria, se alza el fantasma de Sadowa;

entre Austria é Italia, los fantasmas de Trieste y del Tirol;

el Imperio austriaco, agrietado y vacilante, se derrumba;

sobre la tumba del trágico y siniestro emperador, se hará pedazos;

el heredero de esa raza de atridas, verá su reino dividido y disperso, como aquellos que aventaba lejos, la maldición de los dioses de la Biblia;

la Hungría clama;

el alma madgiar se incorpora, despertada, como si pasase sobre ella, el soplo profético de Kossuth;

la Polonia se mueve en el sepulcro, rebelde al

Finis Poloniæ, de Kosciusko; y el fénix inmortal aguarda el alba;

el Tirol, tiende sus brazos suplicantes á la madre Italia;

el león somnoliento de Venecia, ve con dolor, sus últimos cachorros, dormidos bajo las alas de las águilas austriacas;

y, las tres grandes frentes pensativas de Mazzini, de Manín, de Garibaldi, se inclinan sobre la Italia irredenta, llamándola á la Vida;

surgirá;

en tanto, la Italia libre, mira hacia la Francia;

desaparecida y olvidada la mediocridad rencorosa de Crispi, la Italia liberal tiende la mano á la nación hermana, á la gran genitora de su liberación, á la gran sembradora de fecundas utopías;

y, á través de los Alpes, las dos grandes manos de la latinidad gloriosa se estrechan con amor;

y en las alturas del Janículo, la estatua de Garibaldi se ilumina, como si miriadas de soles se extendiesen sobre ella, cual una guirnalda de iris sobre su frente heroica;

es el fulgor de todos sus sueños, surgiendo realizados del seno de la obscura noche;

la época es de nuevas orientaciones;

la vía está trazada inmensa, luminosa y recta, hacia la paz;

el sol de la fraternidad remonta el horizonte como

una ave mitológica, á lentos golpes de ala, entre el clamor formidable de dos grandes pueblos, orgullosos de su gloria y de su fuerza;

el Rey de Italia, huésped de París, sintió en la Ciudad Sol, el deslumbramiento de la apoteosis;

el alba engrandeciente de la Simpatía estalló á su paso, como una sinfonía gigantesca de clamores entusiastas;

y, á las sonoridades largas y épicas de los clarines, el corazón de los dos pueblos hermanos vibró unísono, escuchando como un toque de llamada á combates no remotos, que la latinidad, hoy dispersa y vencida, lidiará mañana, en la lucha implacable y definitiva de las razas;

en tanto, el gran crimen de la Triplicidad, agoniza;

en vano el Emperador funámbulo, tiende sus manos suplicatorias para impedir la ruina de sus sueños;

como una lluvia de estrellas filantes, uno á uno, desaparecen de su horizonte, donde el ridículo, como una máscara grotesca, lo saluda;

y la Historia, con un foete de yámbicos aristofanescos, azota al retórico imperial, que como Acteón por los lebreles de Diana, grita, triturado por los dientes implacables, de la risa universal, que lo devora;

la disolución de la *Triple Alianza* será la primera etapa de la decadencia alemana;

su epopeya habrá sido bastante á despertar la hilaridad de los siglos, y, Guillermo el grotesco, habrá sido la fiel representación de ese Imperio fugitivo;

sin ciertos pueblos y ciertos hombres, la Historia sería triste;

el Emperador Alemán es la única nota jocosa de la política europea;

su figura pueril, empenachada y ruidosa, es el heraldo de la carcajada;

sin él, el mundo político sería un teatro sin bufón;

él, es el único que hace vibrar lo bufo en la tragedia;

por la sinceridad de su ridículo desarma la crítica y la Historia;

yo lo admiro, como á Fregoli;

amo mi clown imperial;

él, solo, me divierte;

los demás, me fatigan ó me enojan;

y como á todo bufón, después de reir lo haría azotar, por su impudencia;

tanto así me divierte S. M. Arlequín...

---

la inexorable ola. .

El peregrinaje devastador de la Conquista no detiene su marcha;

va por entre los granos magníficos y los campos florecidos, tronchando las espigas del derecho, sembrando la esterilidad en los llanos arados por sus garras de pillaje;

los pueblos en un espanto de agonía, apenas si alzan sus frentes de larvas, hundidas en la tierra para verlo pasar;

y no ven la Muerte, que llega, sino al resplandor de la espada que cercena sus cabezas;

un gran silencio, grande como el de un mar ante los náufragos, parece escuchar la majestuosa voz evocatriz, que puebla el horizonte con la pesada gloria rítmica de las grandes evocaciones;

el vértigo de la gloria no pasa ya sobre los corazones trágicos;

los herederos de las grandes epopeyas, no saben resucitar de entre el lodo sangriento, la sombra de

aquellos grandes victoriosos, que se alineaban para morir, ebrios de gloria, al sonido de las fanfarrias épicas, que sonaban sobre sus cabezas transfiguradas, como el himno luminoso de una tempestad de prodigios;

degenerados, enervados, se debaten en las tinieblas, sin acertar á salir de la angustia, por las puertas del esfuerzo;

su enervamiento poderoso es cuasi la apoteosis del marasmo;

las palabras, sonoras y grandiosas no dicen nada á sus corazones atrofiados;

¡la Gloria! ¿es que dice algo á sus oídos ese vocablo, intraducible y cuasi extraño á sus almas nostálgicas del yugo?

las visiones radiosas, apoteósicas de heroísmos antiguos ¿no dicen nada á sus pupilas turbias, obscurecidas por el llanto del esclavo?

¡nada, nada!

nada despierta los cóndores, que duermen con las alas rotas, sobre los estandartes vencidos;

nada;

y, las águilas llegaron, llegaron de mares muy remotos poblados de maravillas y posadas sobre el pecho de los pueblos inertes devoraron su corazón, su cobarde corazón, que no había sabido ni latir para la libertad, ni ofrecerse á la muerte en el amor heroico de la gloria;

ahora que el conquistador avanza, mutilando los pueblos que vence, insolente y feliz entre la turba de libertos, que baten palmas de victoria, delante del carro vencedor, ¿qué dirán aquellos profetas de la servidumbre, que rieron al anuncio de los profetas de la libertad que anunciaban la aparición terrible de los bárbaros?

¿qué dirán de la miseria infinita de sus mentes sin vuelo y de la enorme estulticia de sus palabras sin portada?

¿qué dirán?

¿conservarán aún adeptos en presencia del mentís que los bárbaros les dan golpeando con sus picas, sobre sus cráneos sin pensamientos y sobre sus corazones sin valor?

¿qué actitud guardarán en presencia de la derrota que los acontecimientos les infligen?

¿la enfatuación del sofisma les cerrará los ojos, ante la sangrienta lección que los hechos terrificantes y sangrientos les han dado?

ese contagio bélico que gana todos los poderosos, y resucita las orgías de sangre, la saturnal de las hecatombes que parecían cerradas para siempre;

esos gestos sangrientos del furor humano, terribles gestos de barbarie, que hacen recular asombrada la pobre piedad consoladora, relegada á los limbos del olvido, ¿serán hallados bellos por estos indigentes de la mentalidad, por estos terribles

acéfalos de la banalidad, cuya miseria intelectual se ejerce en trazar eternamente una curva ignominiosa en el vacío?

tal vez;

voluntariamente ciegos ó ignominiosamente serviles, continúan en negar la amenaza que se alza formidable ante la clarividencia y la lucidez trágica de los grandes visionarios;

. . . .

. . . .

¡oh, pueblos de América! ¡la hora ha llegado!

las hordas mercenarias que devastan la tierra han llegado hasta vosotros;

no se detendrán;

marchamos á reculones ante ellas, por un llano sin senderos, ante un horizonte iluminado de relámpagos;

el movimiento de devastación avanza;

ó armarse ante él ó sucumbir bajo él;

he ahí el dilema.

---

los mercenarios (1)..

Los pretorianos de Colombia entran en el tumulto y van á la traición;...

La paz enerva los ejércitos que la guerra ennoblece;

¿qué no hará de las turbas mercenarias que el despotismo asuelda contra la libertad y lanza contra el derecho?

¡así han perecido siempre esas demagogias despóticas, *asesinadas por los mismos mercenarios á los cuales habían confiado su defensa;*

los pretorianos de Panamá llaman la conquista;

si los americanos llegan á desembarcar allí, no se embarcarán jamás;

el istmo será definitivamente suyo;

(1) Esto fué escrito y publicado por Vargas Vila, en su periódico « Némesis » de New-York, meses antes que los pretorianos colombianos vendieran el Istmo á Buneau Varilla y el sucio aventurero traspasara su venta á los EE. UU. con la tranquila insolencia de un vendedor de esclavos en las costas de Benadir...

los legionarios rebeldes que llaman ese desastre, ¿ESTÁN VENDIDOS? . . . .

. . . .

. . . .

todo tiende á agotar, á desacreditar, á acabar la débil soberanía de Colombia sobre el Istmo;

el corazón se hiela, viendo así la patria desaparecer, recogiéndose hacia sus montañas salvajes;

y, el alma se llena de augustia, ante la lenta agonía de esta nación, *que parece destinada á desaparecer con la libertad que asesinó;*

viendo ese lento y continuo trabajo de una nación por suicidarse, la conmiseración cede el lugar á la indignación;

la suerte de ese país interesa al Continente;

si los pretorianos traen una nueva intervención, será definitiva;

si los yankees ponen la mano sobre el Istmo, no lo soltarán jamás;

la América latina estará ya cogida por el cuello, y para siempre...

y, la raza débil y cobarde, morirá estrangulada por el bárbaro;

¡ah, la política nefanda de Núñez, llamando á los americanos en su ayuda!

¡ah, la intervención de 1885!

¡ah, Ricardo Becerra implorando de rodillas la invasión!...

cuando los bárbaros fueron aceptados como aliados, Roma desapareció;

el día en que acabó el mundo romano, dice un historiador, fué aquel en que Casiodoro, escribió estas líneas en los fastos consulares:

EN ESTE AÑO EL REY DE LOS GODOS, TEODORICO, LLAMADO POR LOS VOTOS DE TODOS, INVADIÓ Á ROMA; TRATÓ AL SENADO CON DULZURA, É HIZO LARGUEZAS AL PUEBLO.

el día en que Rafael Núñez llamó á los americanos al Istmo y Ricardo Becerra, suplicó de rodillas el asesinato de la integridad nacional, Colombia abdicó de su soberanía, por el asentimiento dado á la Invasión;

hoy, yendo ante el yugo, por los senderos del escándalo, no hace sino cumplir su trágico destino;

la pluma de Núñez abrió el camino á los bárbaros;

la espada de los pretorianos les abre la brecha en la muralla;

por ella pasarán; . . . .
. . . .

¿ qué recogerá el Istmo conquistado?

recogerá la servidumbre de los vencedores, unida á la servidumbre de los vencidos;

¡ la misma persecución de la raza, la misma opresión, el ilotismo oficial imperante en Filipinas, en Hawai, en Puerto Rico!

serán los tágalos de Occidente ;

ellos verán desaparecer su nacionalidad sin obtener otra ;

como en Puerto Rico, sus nuevos amos no se dignarán hacerlos siquiera ciudadanos ;

irán de la anarquía al vasallaje, como los filipinos del coloniaje á la muerte, y como los portorriqueños, de la riqueza á la servidumbre ;

¡ pobre Istmo amado !

¡ desgraciada Colombia !

y aun eres bella, pobre patria mía, con la belleza implacable de la Muerte, que pesa sobre tí...

---

esclavos blondos...

Es bello ser clemente, pero á condición de ser consecuente;

en Europa, la clemencia está muy lejos de la consecuencia;

la piedad de la Europa, es una piedad intermitente, un histerismo político, epidémico é inocuo;

¡ con qué sagrado horror, la coalición visible del miedo vuelve los ojos al Oriente, y compadece los asesinatos de cristianos !

¡ qué amargos reproches le merecen las tropas turcas, las carnicerías de Monadir, los crímenes de Albania !

¡ cómo afrenta al Sultán !

¿ dónde estaba el corazón de esa Europa sentimental, cuando otro Sultán, el de Berlín, que no tiene, sobre el de Constantinopla, otra superioridad que la del ridículo, desató sus turbas armadas, como un huracán de muerte y destrucción sobre la China inerme, recomendándoles no perdonar la

vida á nadie, no ahorrar prisioneros, no dar cuartel?

¿dónde estuvo su grito de horror, cuando más de trescientos mil chinos, cayeron asesinados por la barbarie tudesca, y las ciudades fueron incendiadas y los campos talados y las mujeres violadas y los niños estrellados contra las murallas, y la ola de la ferocidad subió tan alto, como no se recuerda igual en los tiempos inmemoriales prehistóricos?

¿dónde?

¡el silencio y la complicidad!

los ejércitos de la Europa coaligada se hicieron solidarios de los genízaros blondos de Germania;

el Genserico tudesco, virgen de batallas, vió sus esclavos armados pasear la muerte en el Extremo-Oriente, y todos los soldados de Europa, combatir bajo el ala de sus águilas imperiales, al mando supremo del Feld-Mariscal de Waldersee;

la Francia misma fué al pillaje á las órdenes de un general prusiano;

¡oh vergüenza!

¿dónde pues el derecho á la indignación, después de tanta indignidad?

¿por qué calla la Europa ante el asesinato oficial, sistemático de los hebreos en Rusia?

¡se grita contra el asesinato de los armenios!

y, los chinos, ¿no eran hombres?

los judíos polacos de Alemania y los de Rusia, ¿ no lo son ?

¡ se clama contra las varas y el foete de los turcos !

y ¿ los estudiantes rusos azotados en los cuarteles, muriendo bajo el *knuck* en los hielos de Siberia ?

y los esclavos blancos de Germania, esos pobres soldados bestializados, brutalizados, muriendo bajo el foete de los caporales tudescos, ó escapando á las torturas por la puerta del suicidio...

¿ quién los defiende ?

¿ quién clama contra eso ?

¿ dónde pues principia la justicia ?

¿ dónde la equidad ?

yo no acierto á definir esos grados del horror, esos matices de la compasión, más insultantes para la generosidad, que la absoluta indiferencia ;

en los campos de la crueldad y la barbarie, ¿ en qué se diferencian los genízaros reprimiendo la insurrección de Albania, á los cosacos reprimiendo las de San-Petersbourg, ó los uhlanos blancos reprimiendo las de los boxers ?

si alguien lo sabe, que lo diga ;

las tres barbaries son idénticas ;

la barbarie turca, la barbarie moscovita, la barbarie tudesca...

todas una sola : la Barbarie ;

ardiente y fanática más allá de los Dardanelos ;

fría, implacable, más allá de los montes urales;

pesada, charlatanesca, ebria, más allá de Metz y de Strasbourg ;

pero, siempre la barbarie, la implacable barbarie asoladora ;

el Sultán negro, el Sultán rojo, el Sultán blanco ;

los tres idénticos, ebrios de misticismo bárbaro, de feudalismo anacrónico, reinando y matando en nombre de Dios y de su orgullo ;

la Turquía y la Rusia, están moralmente fuera de la civilización y de la Europa ;

sólo la Alemania feudal, afrenta el mapa de la civilización europea ;

¡ los alemanes ! he ahí los bárbaros de Occidente ;

¡ los terribles esclavos blancos de la selva negra !

¿ por qué extrañar que el Sultán de Berlín, sea el más poderoso sostén del Sultán de Constantinopla ?

¿ quién ha disciplinado los ejércitos turcos, que han ido á pacificar la Macedonia y la Albania ?

los esclavos galoneados de Guillermo el Inefable ;

¿ quién provee de cañones, fusiles y municiones las tropas musulmanas que asesinan los cristianos y colman el horror en la península balkánica ?

los parques y los armadores del Lohengrín funambulesco ;

¿por quién triunfa Abdul, el tétrico?

por Guillermo el cómico;

estas dos máscaras de la tragedia y la comedia, se confunden y se funden en un solo rostro: el del Horror;

son los sembradores del Espanto;

y, ¿qué hacen los poderes cristianos, en presencia de este protector de mahometanos?

S. M. *Apostólica*, el viejo y taciturno Emperador de Austria es su aliado;

y el fantasma blanco, el Papa, de Roma, hace poco le abrió los brazos... y extendió la mano sobre él, no para anonadarlo, sino para bendecirlo;

y, sobre la cabeza teológica de aquel Teodorico de opereta, batió sus alas de armiño la téurgica paloma de la paz;

¡y, el pájaro celestial no se hizo rojo, al tocar aquel bárbaro ensangrentado!

así va el mundo;

así, con la mentira en los labios y el miedo en el corazón;

así, de rodillas por la infamia, camino hacia la muerte;

los aliados de Rusia hablan de libertad, sin atreverse á mirar á las nieves de Siberia;

los aliados de Alemania, osan hablar de Piedad, sin querer mirar hacia la China incendiada;

y la mentira no los ahoga;

los tiempos heroicos y dignos han pasado ;

la Verdad, la Justicia y el Ideal, expiran solitarios, sin una mano que sostenga en el aire su bandera, sobre la cual se ha ajado y caído en polvo, el oro de sus lises inmortales ;

el Miedo, cauteloso y feroz, impera solo ;

los amplios caminos del heroísmo están desiertos ;

las cimas del Ideal, se envuelven en la bruma ;

la lenta procesión de soñadores que iba hacia las alturas solitarias, para coger la rosa pálida, la rosa inmortal del Sacrificio, no aja ya el polvo de los senderos con las caudas de sus mantos de mártires ó de héroes ;

ya no se va camino de la quimera á morir al pie mismo de la Cruz ;

ni se va camino de la libertad á morir al pie de una bandera ;

el mundo muere bajo la planta del Miedo, como un esclavo degollado, bajo el pie del eunuco que lo mata ;

y sobre las ruinas de ese mundo en agonía, como la síntesis de esta época nefanda, como el símbolo de la barbarie actual implacable y grandílocua, se alza un hombre : *Guillermo el Turco*, con una hacha de sílex en la mano...

---

ante el Czar...

Si pedimos justicia á los gobiernos, tenemos el deber de pedirla también á los partidos;

el socialismo italiano, amenazando silbar al Czar de Rusia en las calles de Roma, se demuestra vehemente, pero no consecuente;

los brazos que permanecieron inmóviles al paso del Emperador de Alemania, marchando del palacio Caffarelli al Vaticano, no tienen el derecho de alzarse amenazantes, hacia el Emperador de Rusia, en camino al Quirinal;

en virtud de esa abstención ante el cesarismo, han perdido el derecho de tensión ante el despotismo;

los labios que permanecieron mudos al paso del asesino coronado de Berlín, no tienen el derecho de contraerse para el silbido insultador, al paso del asesino coronado de San Petersburgo;

cuando Guillermo de Prusia, rodeado de sus coraceros blancos, las águilas de cuyos cascos seme-

jaban inmensos bruites de oro, cerniéndose sobre la Ciudad Eterna, atravesó en sus coches de gala, con libreas emocionantes, para ir á visitar al Pontífice romano, haciendo con esa visita un doble insulto á la libertad y á la lealtad, ¿dónde estaban los socialistas italianos, defensores de la justicia universal?

¿por qué no extendieron sus brazos lapidadores, hacia ese déspota bizantino, que á diario los insulta, con la verbigeración agresiva de sus arengas reales;

que finge despreciarlos, con su arrogancia, y los humilla con su jactancia;

que los condena á la muerte, provocando la conmoción pretoriana contra la conmoción ciudadana;

y, que, arengando á sus legiones, arma el brazo de sus hijos contra ellos, haciendo el gesto ordenador de la irremediable muerte?

ese hombre acababa de insultarlos ante la momia del armador Krupp, y apuntaba aún las bayonetas de su Ejército contra el pecho de los últimos electores del socialismo;

¿por qué callaron ante él?

¿por qué no silbaron entonces?

¿por qué enmudecieron ante ese demente coronado, sanguinario y terrible, enormemente ridículo y fastuoso?

¿ dónde estaba la fraternidad universal en esa hora?

¿la política italiana, los intereses de la *Triple Alianza*, lo ahogaba todo?

. . . .

el socialismo italiano, haciendo retroceder ante su actitud, al oso uraño que les venía de los montes urales, ha obtenido una gran victoria;

si hubiera hecho retroceder así, al lobo audaz que un día les vino de los linderos de la Selva Negra, se habría cubierto de gloria;

los déspotas están fuera de la humanidad;

con ellos la hospitalidad es una complicidad;

no tienen el derecho de asilo;

habiendo destruido todas las leyes, no tienen el derecho de ampararse bajo ninguna;

abandonados del cielo, odiados de la tierra, no deben tener sino su casco imperial para guarecerse bajo él;

¡ay, de ellos! cuando el rayo inesperado, caído de cielos ignotos, funda sobre sus frentes, el hierro de las águilas doradas;

de la sombra estallará el castigo, como una certidumbre luminosa;

la Justicia se perfila, como un arco iris sin límites, sobre el desierto que cruje bajo el pie de los chacales;

y, en medio del gran silencio que dobla todas las

frentes, algo se levanta como una hostia pálida y luminosa;

esa hostia será un sol;

Esperémoslo.

---

triste descenso...

La onda negra avanza;

¡la onda negra y sombría! tristemente agitada en su silencio obscuro;

en la sombra mortal la onda no es sonora;

¡es la onda áfona y muerta! ¡la onda letal!

el soplo estremecido de la gran borrasca está lejano;

el soplo desmesurado de la fiebre bélica, que agitó el alma impávida de los grandes paladines de la rebelión y los hizo lanzar su ronco grito de guerra, en la decoración terrible del incendio y el horror de las matanzas, se ha extinguido bajo los horizontes malditos, en la calma glacial, en la triste calma del vencimiento, en la amarga memoria de las irremediables catástrofes;

el rumoroso mar está distante;

el mar de la guerra, el mar enfurecido, el mar vesperal, rojo y tétrico, sobre el cual van los ba-

jeles de la muerte, llevados por los vientos del espanto... está lejano...

su onda de fuego y exterminio besa otra ribera y azota los farallones de otra costa;

no es ya el mar: es el pantano que amenaza;

¡el pantano! el monstruo híbrido de olas turbias, el agua triste y calmada, de cuyo fondo emerge la muerte como una tenebrosa flor fatal; no es la conquista bélica, es la *conquista pacífica*, que avanza...

¡la onda fangosa y sin rumor! la onda pálida, que invade, y sube, y mata en el silencio;

¡la muerte tétrica sucediendo á la muerte bélica; el espanto, al coraje; el estupor, al grito;

no es ya la tempestad, es la inundación que sube al horizonte;

¡calmada y trágica! como un tropel de sombras hacia la selva agreste;

su atmósfera es la paz, los juncos de sus riberas el Silencio y el Misterio;

las cimas amenazadas, no ven en su ataraxía pétrea, subir la onda que mata, la onda que ha de sumergirlas en la sombra y en la muerte;

hechas á ser heridas de lo alto, en su eterno combate con el cielo, sienten la nostalgia del rayo, que ha de mellar sus cotas de granito, pero no temen el agua silenciosa, que besa sus plantas de gigantes;

y, la ola carcome y roe y sube...

y, ha de sorprenderlas en su mudo coloquio con los astros ;

y, con su beso de fango, apagará en los labios de piedra, la última palabra impenetrable ;...

y, las cimas hechas á ser pulverizadas, morirán ahogadas ;

el rayo fulmina, la onda borra ;

y, la onda sube...

denunciemos esa onda ;

esa onda traidera, que no ruge, que no se alza, que no muestra sus lomos de cetáceo, que no se bota contra la roca negra, como un león con melenas de cristal ;...

denunciemos la inundación fatal ;

seamos como los pájaros sagrados del Capitolio, en la noche negra, ante el tumulto de los bárbaros ;

gritemos como la hija de Príamo, al ver la máquina fatal pasar los muros de Ilión ;

clamemos como Laocoón, sin temor á las víboras monstruosas, que han de apagar en los labios proféticos el grito denunciador...

. . . .

denunciar, anunciar, castigar... ¿para qué? ¿á quién?...

la América duerme en una atonía abyecta, y cerrados los ojos desaparece lentamente, como una isla tragada por el océano ;

la Gloria y la Victoria han plegado las alas en cimas muy remotas, cercanas á cielos inaccesibles:

y, en ese hormigueamiento de pueblos en derrota, que pululan sobre aquel continente esclavo, el espanto ha cerrado todos los labios y el interés ha entregado á la cadena todos los corazones;

nadie, ni los siervos ni los amos, tienen talla para vivir;

nadie esboza un gesto viril en el espacio;

en ese campo de la devastación, no aparece *ni un hombre, ni una idea;*

ni una espada libertadora en el horizonte, ni una palabra vibradora en la agonía glacial;

¡la sombra y el silencio!

el momento actual se desarrolla en lontananzas monótonas de crimen y de tristeza;

y, el espíritu humano, pliega con dolor las alas, ante la inmutable obscuridad de aquel imperio triste de la fuerza, de la esterilidad y de la muerte;

y, todo degenera en nuestras democracias tumultuosas;

todo, hasta la rebeldía;

la epopeya se prostituye;

los héroes duermen, desaparecidos de la Historia y de la Vida, bajo el manto insondable del olvido y de la tierra;

en el escenario desierto, antes ocupado por los

grandes hombres, entre las armaduras rotas de los héroes legendarios, los enanos hacen irrupción, convirtiendo en campo de feria, lo que fué el teatro de las más sangrientas lides de la Historia;

y, los gitanos vandalizan donde los héroes morían;

los héroes desaparecen de la escena;

la tragedia pasa, llega la farsa;

lo heroico se elimina y lo bufo entra en escena;

y, suplen á las águilas bravias, las bandadas de pavos de corral;

murió la epopeya;...

el crimen mismo, entra en la zona de la imbecilidad;

los amos valen menos aún que los esclavos;

¡pústulas pestilenciales! deshonran el bisturí que las revienta;

no merecen el puñal de Bruto, y deshonran la cloaca de Nerón;

al ir á castigarlos, la Historia no encuentra casi hombres en su camino;

guiñapos de nombres, plantas rastreras é incultas se enredan á los pies del historiador, que no se libra de ellas sino dignándose romperlas con desprecio;

ya no hay á quien castigar;

la cólera se desarma y el dicterio se aplaca, al llegar á esos titís dominadores, que hacen visajes

allá en esa zona vegetativa de pura animalidad, zona triste, donde mueren las últimas manifestaciones de vida del pensamiento humano ;

son la diversión y la vergüenza de su época ;

son la mueca del atentado y la caricatura del crimen ;

¡oh ! las tristes larvas de la ambición, nacidas en el estercolero del ridículo y muriendo aplastadas bajo las plantas formidables del desprecio universal ;

da pena prostituir el estilo, un estilo hecho á los grandes hecatonqueros de la Epopeya, modelado para la estrofa en los grandes himnos bélicos de la Historia, forjado en las fraguas magníficas de la inspiración para caer como rayos sobre las frentes de los déspotas y como un desgarramiento de tempestad sobre las púrpuras de los césares, y haber de mancillarlo, de hacerlo descender, hasta esas bajas capas de la vida, donde la casualidad hizo nacer esas larvas perturbadoras de la libertad y de la paz ;

¡ qué tristes son estos descensos de la historia !

¡ cuán melancólicamente dolorosa, esta necesidad de tocar con la clava de Hércules, tinta en sangre de la hidra, los crótalos venenosos, que los acontecimientos hacen brotar en los senderos fangosos de la política !

á veces descender es un deber ;

la pluma es faro y es cauterio;

alumbra y quema;

cae lo mismo sobre la gloria de César, que sobre la llaga de Tiberio;

se enoja, no se sonroja;

aunque descienda no se mancilla, ni cayendo sobre el lecho de Heliogabálo;

vibra lo mismo en el Sinaí que en el estercolero;

y con el rayo de Jehová, mata los gusanos de Job;

pongamos el cauterio vengador encima de la pústula sangrienta...

es la hora...

todo desaparece, todo se hunde, en aquel naufragio doloroso de los pueblos;

y si el destino no detiene la catástrofe, pronto se extenderá sobre ellos, no una bandera sino un sudario;

un pueblo oprimido es un pueblo herido;

pero, ¡ ay ! un pueblo conquistado es un pueblo amortajado;

y la conquista va sobre ellos...

. . . .

los tiempos han venido en que sería necesario un hombre ó un pueblo que tuviese la superioridad, la iniciativa, la grandeza, el genio...

todo el pasado de discordias abdicaría el cetro entre sus manos;

en la esterilidad infame del momento, no hay ese hombre ni ese pueblo;

nadie;

nada;

cuando el destino quiere castigar una época, la condena á la esterilidad;

el primer síntoma de los pueblos en decadencia es su imposibilidad absoluta de producir grandes ideas;

y la señal definitiva de su desaparición, es la impotencia de producir héroes capaces de morir por ellas;

los pueblos mueren con el Ideal que alimentó su vida;

de las ruinas misericordiosas de los pueblos, suelen alzarse genios heroicos, que parecen heredar la grandeza del mundo destruído;

¿ quién se alzará del fermento de estos pueblos en descomposición ?

¿ nadie ?

¿ nada ?

in solitudine vacat terra...

la tierra está en desolación;

y, las ruinas arraigan en la Muerte...

---

noble heroismo...

Al heroísmo de la guerra, sucede el heroísmo de la paz ;

hay una virtud más amarga en combatir la insolencia del despotismo vencedor, que en atacarlo cara á cara, entre horizontes de fuego y decoraciones de matanza ;

la sabiduría de los héroes de esa hora, se compone de acritud y de arrebato, de desdén y de fe ;

el gesto del Apóstol, que se alza sobre la tierra florecida de cadáveres, cuando el ultraje aúlla sobre las riberas de la Envidia, y el aire está erizado de manos levantadas contra él, no es menos noble que el del Rey de Esparta, cayendo ante las flechas enemigas, de pie frente al muro pelásgico ;

al resplandor de la hora épica sucede el fulgor de la hora profética ;

á la epopeya del cañón debe suceder la epopeya de la pluma ;

el pensador engendra al luchador ;

es el verbo quien cría la guerra;

Marte, nace armado de la cabeza de Minerva;

la vida es guerra;

en la frontera de dos pueblos está el dios Término: la guerra;

en el límite de dos partidos, está, la Idea: la guerra;

entre dos individuos está, el interés: la guerra;

los pueblos no han sido grandes sino por la guerra;

Roma no dominó al mundo por la paz;

la paz no cría sino intereses;

sólo la guerra cría ideales;

la guerra frente al despotismo no es un placer, es un deber;

la patria sin la libertad no es la patria, es un desierto;

predicar la paz frente al despotismo, es la fórmula más vil del servilismo;

toda tierra oprimida debe ser como la gleba gloriosa, de donde salieron armados los hijos de Cadmos, de los dientes del dragón;

á la guerra fracasada, debe suceder la guerra predicada;

no dar tregua al despotismo;

tal es el deber del pensador;

en nuestra América, el monstruo caótico forma, como un pedazo de imperio africano, en el cual

esboza su gesto obscuro, de monarquía Oriental, en trabajo de devastación;

sobre las guerras domadas y los pueblos vencidos, el despotismo aspira el humo de la adulación, como aquel Rey de Nínive, que un fresco asirio nos muestra, respirando largamente, con los párpados cerrados, una flor de lotus, sentado en un trono hecho de cabezas cortadas, absorto en el frenesí de su sueño;

la omnipotencia hace caer en la infancia al hombre que no es de talla de soportarla;

el vértigo se apodera del déspota y le hace perder el sentido de la realidad y la noción de los límites;

la palabra, *Imposible*, que no era más persa para Ciro, que latina para Calígula, no es española para nuestros déspotas bozales, sumidos en su sueño monstruoso y bárbaro;

en la postración unánime que los rodea, extrañan que haya hombres de pie, más altos que ellos;

las garras arrogantes, las fauces pedidoras de sangre, los monstruos sueñan en devorar los pensadores, como última satisfacción de su apetito bestial;

frente á las fauces abiertas de la bestia, ¿cuál es el deber del pensador?

azotar más rudamente la cabeza estupefacta del monstruo;

no callarse;

no rendirse;

al ver la libertad bajo los talones de un bárbaro, el pensador extiende su dedo denunciador hacia el perverso y lo señala;

la acrimonia de sus aliteraciones lo marca;

y sus elipsis enigmáticos, caen sobre la cabeza del protervo, como un vuelo de pájaros de fuego;

él, se erguirá soberbio y amenazante ante la mediocridad escoltada por la imbecilidad, ante el trono de esos déspotas rurales, creadores de un desierto de vergüenza más allá de un río de sangre, que se empeñan en poner un velo de leyenda sobre su usurpación, y cuya púrpura no logra ocultar su actitud deplorable de pretorianos en acecho;

en vano se agitarán contra él los gusanos pululantes de la demagogia oficial, los defensores de esos gobiernos de aventura, los heraldos del penacho, los *camelots* de la dictadura y de la infamia;

esas hordas arengadas por el foete no le dan pavor;

él, continúa en subir en el dolor la pendiente que lleva hacia la libertad, mientras los otros continúan en descender en el triunfo, la pendiente que lleva hacia la infamia;

él, no desciende á esas profundidades de la bajeza de las cuales no se remonta nunca;

su gloria es exasperar la Envidia;

no se ama su nombre, porque su resplandor arroja en la sombra todas las mediocridades ;

y, los aplastados se denuncian por el grito, ya que no pueden levantarse por el vuelo ;

haciendo frente á todos lados, como los toros de una hecatombe, él es invulnerable ;

su gloria es hecha para el asalto ;

levantarse contra ella, es una forma de caer ante ella ;

como una fortaleza asaltada por bárbaros, los dardos de sus enemigos no la derrumban sino la coronan ;

atacarla es uno como abordaje á las estrellas ;

ir al asalto de esa gloria, es algo así como pillar el sol...

---

la paz infame...

Después de una tempestad la mar no se serena, las ondas quedan largo tiempo tumultuosas;

estremecido en su derrota, el espíritu público hace apenas el gesto de vivir, bajo la cimitarra de aquellas sombras de Bajo Imperio, que reinan en América, convulsionándose sobre pueblos en agonía;

en la sombría tristeza del momento, la conciencia del vacío y de la decadencia inminente, crece en las grandes almas hasta el gesto sombrío de lo trágico;

se siente con horror subir la muerte;

¡con qué acre deseo, con qué fuerza de pasión inapaciguada, los pueblos se dan al servilismo, como á una terrible, imperiosa voluptuosidad!

se nace esclavo aun sin tener amo;

lo que hay de terrificante en estas fuerzas ciegas que se desencadenan contra el bien, es la especie de trágica y salvaje inconsciencia que las impulsa;

el vértigo de la servidumbre lleva esos pueblos esclavos á la podre;

vertebrado como un áspid mitológico, el monstruo enorme y terrible del despotismo, se despereza ó salta, sobre la carne exhausta de aquellos pueblos en martirio;

el vuelo silencioso de los ideales, como una lluvia de estrellas filantes, se pierde en el horizonte, sin deslumbrar las pupilas de la gran bestia, en éxtasis de sangre;

la ferocidad tranquila de aquellos asesinos no impone, pero asombra;

sobre los campos largamente enrojecidos con la sangre reciente;

en la calma de los horizontes, confusamente sonora con los últimos ruidos del clarín guerrero;

en esa como égloga roja, se ven cual una bandada de buitres bajando de las cimas taciturnas, los pájaros siniestros del despotismo, abatirse sobre la miseria de aquellos pueblos casi en descomposición;

y en el horizonte lívido, flota la proyección negra de esas alas de vampiros, como grandes nubes crepusculares, arrastrándose en campos de la muerte;

. . . .

¡y, en aquellos pueblos antes heroicos, no hay un brazo armado que detenga el Crimen!

se muere humildemente, silenciosamente, casi feliz de agonizar bajo las plantas del César;

¡extraño fenómeno de cobardía!

no se teme á la muerte, sino á la forma de muerte;

no se sabe morir frente al César, sino bajo el César;

se tiene miedo de la muerte heroica;

no se sabe ya morir sino de rodillas;

¡pobres pueblos!

ya no les queda más recurso que el de las lágrimas;

han conquistado el derecho triste de vivir, ya que han renunciado al derecho heroico de saber morir;

ya merecen la paz;

han obtenido el derecho supremo á la cadena;

así, como los galeotes: ya que es más delito renunciar á la libertad que atentar á ella;

así, vencidas hasta en el alma van, esas tribus sumisas, desaparecidas de la vía heroica, borrándose de la Historia, excomulgadas de la vida sublime...

. . . .

¿dónde está el alma de esos pueblos?

¿no saldrá ya de ellos nunca, el clamor formidable de los antiguos pueblos viriles, pronto á las grandes justicias y á las supremas reivindicaciones?

¿desaparecerán coronados por el halo del martirio estéril, que atrae sobre las almas y los pue-

blos viles, la misericordia y el desprecio de los hombres?

la resignación es virtud de esclavos;

sólo la rebelión es virtud de hombres;

el despotismo no se vence con lágrimas;

se le ahoga en sangre;

su corazón no está hecho para la conmiseración y la piedad, no está fabricado sino para tabernáculo del mal y receptáculo á la punta de una espada;

por el hierro y por el fuego;

he ahí cómo se combate el despotismo;

todo lo que liberta es santo;

todo lo que rompe un yugo, es sagrado;

tener misericordia con el despotismo es una debilidad indisculpable;

esperarla de él, es una indignidad abominable;

la lucha sin tregua y sin cuartel;

la lucha á la medida de sus fuerzas y aun más allá...

he ahí el deber;

¿es que no hay ya quien se dispute el derecho de morir por un pueblo?

¿no tiene ya heraldos ese derecho terrible?

¡hora maravillosa de la vida aquella en que se puede morir por la libertad!

ó morir bajo las garras de la fiera;

ó cortárselas de un golpe;

he ahí el dilema.

la cólera sagrada ..

No hay retórica posible frente al crimen irreductible;

el trabajo de la frase, el brillo de la metáfora, se rompen ante las sinuosidades del delito, como la ola contra la roca, y saltan coléricos con el desgreñamiento tormentoso de una cabellera de Medusa;

meditando sobre las vastas obscuridades de la Historia, la cólera puede hacerse serena como en Tácito;

la lontananza tenebrosa, lima los hoscos y lejanos lineamientos del delito;

pero, ante el encuentro tumultuoso, inmediato, del crimen, y la aparición fantástica de los harapientos de la crápula, la serenidad sería una complicidad;

el grito es un deber;

la vasta meditación religiosa del pensador, interrumpida por el tumulto, ha de convertirse en cólera sagrada y su frase en látigo de luz vibrante en los

espesores de la sombra, con ceguera inexorable, castigadora de larvas insurrectas, en el tormentoso abismo, donde fluye y refluye el oleaje tenebroso del delito ;

Isaías, prometiendo Nínive á los topos ;

Ezequiel, prometiendo Jerusalem á las llamas ;

¿qué son ?...

son el encuentro trágico de la conciencia humana con el cínico crimen vencedor ;...

. . . .

la fidelidad á las ignominias de su tiempo, es la mayor vileza de las mediocridades y la mayor tristeza de las grandes almas, que ven, con espanto doloroso, la declinación rápida de su tiempo hacia el oprobio ;

cada hora de la Historia tiene su Tiberio y su Cristo, su Capitolio y su Calvario, su César y su Mártir ;

adorar lo que ella adora, vilipendiar lo que ella vilipendia, es la triste misión de las turbas inconscientes, la sola noción de vida de las mayorías abyectas, ineluctablemente enfermas del torpe pecorismo nazareno ;

el alma del hombre libre no sigue esa corriente de bajezas ;

aislada en esa tempestad de fango, es como un gran farallón iluminado en la sombría tragedia de la noche ;

el refractario es la protesta;

es el grito contra las cosas viles de su siglo;

sobre él caen todas las violencias y todas las inclemencias del rayo y del insulto;

porque no sigue las debilidades de su época;

porque no adora sino la libertad y no corteja sino á ella;

porque no canta las *aleluyas* de la victoria, miserable y vil;

porque no se inclina ante las grandes imposiciones del Destino adverso;

porque en medio del desaliento invasor que paraliza los ánimos, las tempestades de sus cóleras decoran con una emoción de incendio, el horizonte fastuoso de sus grandes pensamientos;

porque sus brazos, perfilados en el gesto del espanto y del reproche, no se extienden en actitud suplicatoria;

porque su frente se alza hacia la tempestad, desafiadora, buscando el rayo, sin temerlo;

porque sus rodillas no se doblan;

porque desprecia los recursos del silencio ignominioso;

porque sabe que el silencio quema los labios que sella;

porque mira con horror y castiga con rigor á los amos de los hombres;

porque no se inclina ante la talla de esos pig-

meos, que para verse grandes hacen poner los otros de rodillas;

porque su risa agobia la triste grandeza de esos ídolos, que no pueden verse altos sino en un horizonte de cabezas inclinadas;

porque su desdén es implacable para aquellos que deshonran el suceso por la ineptitud y sacrifican los caprichos de la victoria por el exceso de su mediocridad y que ciegos ante el horizonte negro, provocan las tormentas, no por exceso de valor sino por falta de genio;

porque afrenta esos déspotas ridículos y sensuales, que viven bajo el solio como en un escenario de opereta y se revuelcan en la púrpura como en el calor hospitalario de un lecho de mancebía;

porque se indigna ante esos pueblos ávidos de milagros y de azote, que esperando la grande Epifanía de la Quimera, se desbordan de ese entusiasmo con que el servilismo de las multitudes saluda á los amos que la casualidad les da;

porque sonríe de misericordia y de desprecio, ante esos zoófitos de la omnipotencia, pobres seres de miseria, que no tienen nada en torno suyo, ni siquiera las tristes mentiras del prestigio;

porque sacude y hace estremecer la cabeza estupefacta de esos ídolos de la Idiotía, monstruos de arcilla, instrumentos de destrucción al servicio de

una fuerza brutal, trágicos como el incendio, irresponsables y fatales como el hacha de un verdugo, gesticulando en la insolencia de sus pretensiones ya que no pueden tener el orgullo de ellas;

¡ tristes electos del acaso y del favor, cuya desmesurada maldad, está en razón directa de su sagrada nulidad!

porque se rebela á reconocer que el esfuerzo noble sea impotente á conjurar las catástrofes y arroja una mirada de legítimo orgullo sobre su obra redentora;

porque el magnetismo del peligro lo seduce en las cargas heroicas de la prensa y ama la atroz poesía del combate, el gesto del último vencido, cabalgando hacia la muerte;

porque en la pertinaz visión de las cosas humanas, sus ojos se hacen tristes y sus frases se hacen amargas ante la interminable procesión de los rebaños de hombres en camino hacia los rojos mataderos, bajo la sangrienta aprobación de ponientes incendiados, en la tristeza infinita de un horizonte de cenizas;

porque con un amplio gesto indignado, como el de Antonio descubriendo el rostro de César apuñaleado, descubre el cuerpo sangriento del derecho asesinado y clama por su venganza;

porque no capitula, no se rinde, no se calla;

porque persiste en denunciar el crimen, cuando

la tierra tiembla y enmudece ante él, como dice la palabra de la Biblia;

por eso lo insultan, por eso vociferan, por eso amotinan los pueblos y los lacayos contra él; . .

. . . .

y todas las flagrancias de la tortura no podrán nada contra él;

los Xerxes del espanto y del terror, retrocederán ante su cólera, que es santa, ó temblarán ante su serenidad, que es augusta;

el Destino lo hizo así, inquebrantable como la roca, inexpugnable como el sol;

alumbrará, quemará y carbonizará;

así estaba escrito en la génesis de su vida;

su lumbre de astro, iluminará y fulminará, sobre las podredumbres desoladas de los siglos;

y, el paso de su vida se sentirá como los truenos del Sinaí; como el tropel de las águilas enloquecidas de Efeso; como las cabalgadas astrales del Apocalipsis;

la soledad potente de su vuelo apaga los rumores del tumulto...

---

el rayo duerme. .

El fracaso del espanto aterra las almas, y el clamor de las derrotas llena los corazones;

el pensador habla;

y, el insulto vocifera;

y, van los redentores, lapidados, en su serenidad inalterable y fiera, abstraídos en el desprecio sobrenatural del peligro y del insulto, sordos ante las olas amotinadas que rugen contra ellos;

la vida es inclemente, el suelo hostil, el cielo turbulento, para los sembradores del Ideal;

el gesto apostólico se pierde en el horizonte indiferente, ante la gran noche que avanza inexorable;

de la tierra ensangrentada por las batallas, donde heroicidades ancestrales regaron las más bellas flores del asesinato y del martirio, se alzan voces de una pacificación cobarde, como si en vez de sangre hubiese bebido lágrimas la tierra;

á las generaciones de aquellos que supieron mo-

rir, han sucedido las de aquellos que no piden sino vivir;

se pacta con la infamia, al precio de la vida;

la hora de los grandes hechos ha pasado, y el sueño de las grandes cosas se ha desvanecido;

y, sobre la tumba de los supremos heroísmos, los silencios del Olvido se cierran, como las olas de un mar sin rumores;

los grandes vientos de la pacificación pasan sobre la tierra, exacerbando el pánico anhelante de los esclavos y la crueldad omnipotente de los amos;

todo el terror que contiene la hora actual, se traduce en el silencio oprobioso de una abdicación colectiva de las almas;

el gran león Rebeldía, sucumbió bajo las acres torturas de los dardos, convulsionado de angustia, en el incendio asesino de sus melenas reales;

el sol Libertad, desaparecido fué del horizonte, en el pérfido candor de un cielo sin fronteras;

el monstruo de la desesperación, se contorsiona mudo, sobre la gran boca del abismo, donde antes aullaba el huracán;

venidas de un horizonte inmensamente lejano, se agrupan, se extienden, se confunden, en una lividez armoniosa y unísona, las nubes letárgicas de la indiferencia, del miedo, y de la paz;

nuestro mundo americano está feliz en sus cadenas, roto y domado por la fuerza;

los salvajes profetas, hoscos en su duelo formidable con la tierra, callan bajo esta ola profunda, llena de extraños misterios;

como grandes águilas quietas, sus palabras ardientes velan, con las alas plegadas en un ritmo de amor;

y, el largo estremecimiento de las venganzas que germinan, se siente apenas pasar bajo sus alas inmóviles;

las víperas en orgía, se desperezan al pie de las águilas en duelo;

sobre el mágico río de la esperanza, no titila el lucero de las quimeras, y sus ondas ennegrecidas van á perderse en el abismo vertiginoso, de las cosas profundas é innombradas;

en los grandes senderos de la lucha, donde antes se abrían en una floración de gloria roja, las grandes flores del peligro, del triunfo y de la muerte, se abren hoy, bajo un cielo de quietud, flores pálidas de infamia, de vencimiento y de letargo, bajo la caricia acre de un viento de voluptuosidades inquietantes;

los pájaros enloquecidos del espanto, hienden el aire, por donde ayer cruzaban los pájaros canoros del ideal, junto al águila roja de la gloria;

en el enervamiento universal, bajo la sombra mala del silencio, plegadas como sudarios, duer-

men despedazadas, las fuertes hojas bélicas del poema de acero de la guerra;

el clarín de los grandes anatemas yace mudo, cerca al lecho de los últimos guerreros, dormidos en un gran sueño próximo al de la muerte, reposando sobre la almohada altanera del desdén y del Olvido;

confusos clamores gruñen en el horizonte, pesado aún de la gran tiniebla nocturna;

es el odio en demencia;

la miseria alza su faz taciturna, en la lejana claridad de un terrible cielo rojo;

flor gloriosa y sombría, la Venganza abre sus hojas en la tiniebla implacable;

el desastre gesticula en la sombra;

el rostro del estupor va á diseñarse, como una gran mueca trágica, por entre las desgarraduras de un cielo de muerte;

voces confusas gritan en la sombra, y dicen:

— ¡ Es necesario marchar!

y, algo marcha;

— Sacudid la vida inútil.

y, algo se pone en movimiento; . . . . .

. . . .

un largo rugido pavoroso, fatal aún á los dioses mismos, va á mezclarse al horror de los clarines de ayer y á engrosar el océano de las antiguas cóleras; . . . .

y, los déspotas de América, los vencedores de los pueblos, duermen su sueño altanero y temerario ;...

dejadlos dormir ;

ellos despertarán cuando el puño terrible caiga sobre sus bocas insolentes ;

no morirán por la espada ;

dejad dormir los pueblos serviles su sueño de muerte, estrechando en sus labios esclavos el tallo de la flor letárgica, la pálida rosa mortal : la Paz ;

del horizonte divino vendrá el soplo que destrozará uno á uno los pétalos de esa flor fatal ;

vendrá á la hora inexorable en que la palabra sobrehumana de los pensadores, cayendo majestuosa en la gran sombra mortuoria, haya florecido en la rosa mortal de la Venganza...

dejadlos dormir ;

¡ el rayo los despertará !...

---

væ victis. .

Porque de agotamiento en agotamiento, de falta en falta fueron ciegos al abismo;

porque mandamiento tras mandamiento, gloria tras gloria, heroísmo tras heroísmo, todo lo violaron y lo olvidaron todo;

porque sometidos fueron y dóciles se prestaron á la sumisión y al yugo del amo mercenario que encadenó su cobardía;

porque vencidos fueron, vencidos hasta en el corazón protervo, y de su vencimiento hicieron gala, y de sus coyundas fingiéronse diademas, y rieron y gozaron en la servidumbre, como esclavos ebrios, que huelgan en jocundía, para diversión del amo;

porque deshonraron la esclavitud amándola, y fueron voluptuosos del azote, y pobladores del espanto hicieron concierto con la cadena y acuerdo con la muerte, para esperarla en holgorio y alegría, felices de ser hollados;

porque con labios tartamudos elogiaron la ini-

quidad y en lengua extraña insultaron la virtud, y verbo de servidumbre fué su verbo;

porque el guijarro, pronto fué en sus manos á la lapidación de sus profetas, y la piedra de la honda hendió los aires para herirlos;

porque en esas manos florecieron las rosas monstruos de la adulación, cuando los amos vinieron;

porque como hembras de serrallo se afanaron en tejerles coronas y se tendieron ante ellos para ser violados;

porque su fortaleza, si la tuvieron, arrancada fué, y hollada fué, como flor caduca, que el torbellino trastornador dispersó en polvo, sobre el valle estéril;

porque todo lo que en ellos era corona de gloria y diadema de hermosura, desapareció, como frutas de la vendimia, castigadas con turbión de granizos y ahogadas en aguas recias que salen de madre;

porque hicieron ídolos de los hombres, y adoraron la esclavitud;

por eso heridos han sido los pueblos de la América;

¡heridos de gangrena moral!

¡y, mueren de ella!

. . . .

. . . .

y, he ahí que el cielo de las misericordias cerrado está sobre sus cabezas ;

y como un viento recio en día de solano, el dolor y la desolación pasan sobre ellos, como viento de exterminio, castigador de iniquidades ;

y, desde las riberas de los ríos á lo alto de los montes, el sol no alumbra sino espaldas inclinadas, rotas por el azote, y cabezas de varones dobladas ante los amos enseñoreados sobre los pueblos ;

y, como sombra de la noche priva el silencio sobre la tierra triste con la garganta llena de gemidos y los flancos repletos de dolores ;

y, como en el valle de la Visión, la sombra de la cólera oculta, todo lo torna en espanto ;

y, ¡ el corazón tiembla oyendo !

y, el alma se espanta viendo ;

. . . .

. . . .

y, cuándo, ¡ oh ! ¿ cuándo terminará la iniquidad ?

¿ volverá la voz á los pueblos, la fuerza al brazo, el corte á la espada, el valor ante el arco entesado y el coraje al mirar de la batalla ?

¿ cuándo quebrantada será la Ciudad del Error y quebrantada y puesta en polvo la muralla dentro de la cual los prevaricadores prevaricaron, la tierra fué mentirosa, el ánimo cobarde, el labio falso, el corazón del hombre bajo y vil ?

¿ su gemido se hará cesar y de lo postrero de la tierra salmos de gloria oiremos ?

¡ es tiempo ! ¡ es tiempo !...

de lo contrario, el *cantar de la conquista cantará sobre esos pueblos...*

y, extraños vendrán de tierras lejanas, instrumentos de oculto furor para destruirlos ;

y, como asolamiento omnipotente caerán sobre ellos ;

y, en vano henchirse han de terror y enojo, y ardor de ira han de sentir, porque tornados serán en soledad, *y arados del haz de los pueblos libres ;*

murmullos de multitudes ávidas y de naciones congregadas suenan ya, hambrientas de devorarlos y furiosas de raerlos de la superficie de la tierra ;

y, del Támesis y del Rhin y del Hudsón, *partirá la altivez de los hombres blondos para abatirlos ;*

y, como corzas amontadas, como ovejas sin pastor, sucumbirán ante ellos y caídos serán y atravesados á espada y á cuchillo ;

y, el sajón, como el medo antiguo, no tendrá misericordia de fruto de vientre, ni perdonará á hijo nacido ;

y, las águilas que hacen sombra sobre la tierra, caerán sobre ellos ;

y, devorados serán ;

y la luna y el sol se avergonzarán de haberlos alumbrado, cuando caigan para no levantarse y

atados por sus propias manos hayan ido al invasor, temblando de bajeza;

y hollados hasta en el polvo, cansados de deshonrar la vida, irán con pasos menesterosos á deshonrar la muerte...

Væ Victis...

FIN

Juan Zorrilla

ÍNDICE

PARIS. — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V^da DE CH. BOURET.

